

# ESCRIBIENDO JUNTOS



M. Suarez

# ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Epílogo](#)

## Capítulo 1

Desde que llegué a colocar mi stand muy temprano por la mañana, la vi sentada en el pasto, leyendo lo que parecía ser mi primer libro. En aquel momento no pensé mucho en ella. Tenía que armar mi exhibición y desempacar mis libros para firmarlos y venderlos a las personas que se acercaran a comprarlos.

Habiendo asistido ya a varias ferias del libro en diferentes ciudades, me consideraba un autor experimentado y aunque ya contaba con varias personas que podían ayudarme, por alguna razón siempre acababa yo llegando antes que nadie a poner mi stand. La mujer que promocionaba mis libros en esta ciudad me decía que era un adicto al trabajo y a las siete de la mañana de ese día, cuando estaba solo colocando mi stand, empezaba a pensar que era cierto.

Pero la verdad es que estaba bastante emocionado por mi nuevo libro de ciencia ficción y tenía la esperanza de que se vendiera muy bien. Era el último tomo de una trilogía del género de la ópera espacial. Los dos primeros tomos se habían vendido muy bien y ahora que llegaba la última entrega, esperaba que mis lectores lo consumieran como pan caliente.

Ser un autor auto publicado tiene sus ventajas y sus desventajas. Por un lado, eres casi libre y no tienes la molestia de una editorial encima de ti, diciéndote qué tienes que hacer y cuándo tienes que hacerlo. Por otro lado, estás solo en todo y no tienes una entrada fija de dinero. Pero yo ya había logrado finalmente cultivar suficientes lectores para poder dedicarme tiempo completo a escribir. No era famoso ni millonario, pero no me iba mal y tenía bastante dinero ahorrado, que de momento estaba usando poco a poco para mi siguiente proyecto: tratar de convencer a alguien de hacer una película o una serie de televisión basada en mis historias.

En todas estas cosas estaban vagando mis pensamientos mientras yo acababa de colocar mi stand y recibía a las dos personas que me ayudarían ese día con la venta de mis libros.

Poco a poco, aquel gran parque comenzó a poblarse con los puestos y las mesas de otros autores y editoriales, y en un momento aquello se convirtió en un pequeño pueblo dedicado a la palabra escrita y yo estaba justo en el centro del pasillo de ciencia ficción de escritores independientes.

Me senté atrás de mi mesa, que estaba ya poblada con mis diferentes libros (tenía en ese momento diez novelas publicadas en español). En plano prominente se encontraba mi último bebé: “*Recuperando Marte*”, de una trilogía que se llamaba “*El ejército terrestre*”. Y entonces, por alguna peregrina razón, mi vista viajó de nuevo a ese rinconcito del parque, debajo de un árbol y la volví a ver ahí sentada, aun leyendo uno de mis libros: el primer tomo de la misma trilogía. Me encogí de hombros. Pensé que quizás era tímida y que ya vendría después a que le firmara el libro, y si la suerte me favorecía, me compraría los otros dos tomos. Sin embargo, al mirarla con un poco de más cuidado, me di cuenta de que no se veía como mi lector típico. Toda su ropa se veía un poco sucia y también terriblemente vieja. Daba la impresión de que la chica trabajara en el ramo de la construcción o algo similar y que se había pasado la madrugada cargando costales de cemento que la habían llenado de polvo gris de los pies a la cabeza. Su cabello desaliñado no ayudaba mucho a su presencia personal y remataba el conjunto con una sucia y gastada mochila que estaba tirada sobre el pasto, a su lado. Calzaba botas gruesas y viejas, sin agujetas. Mientras la miraba, noté que alzaba la vista y me miraba con el rabillo del ojo, sin atreverse a alzar la cabeza y entonces decidí mirar hacia otro lado. No quería que se sintiera incómoda.

Llegaron por fin algunos de mis jóvenes lectores, junto con sus padres o solos, con sus libros bajo el brazo, para algunas firmas y algunas fotos; pláticas breves y casuales y ventas de varios de mis artículos, incluyendo mi última novela corta. No me podía quejar. Si las ventas se mantenían así durante los próximos dos días, no solamente tendría mi problema económico resuelto durante los próximos meses, sino que también podría tomarme esas ansiadas vacaciones a la playa que había perseguido durante tanto tiempo.

A la hora del almuerzo, agradecido, coloqué sobre mi mesa un letrero que decía “*Cerrado. Regrese por la tarde*” y me preparé mentalmente para irme a comer y tomarme un descanso de algunas horas. Pero cuando alcé la vista, la vi de nuevo.

Seguía sentada debajo de la sombra de aquel gran árbol, pero ya no tenía mi libro en la mano. Seguramente lo había puesto dentro de su mochila, que tenía motivos prehispánicos y que ahora llevaba echada a la espalda.

Me estaba mirando directamente a los ojos.

Durante un momento me estremecí. Su mirada era muy profunda. Era una mujer muy morena, con ojos negros y con el cabello negro, largo y suelto. A

diferencia de la mayoría de mis lectores, que son adolescentes, ella parecía ser una mujer de mi misma edad, alrededor de unos veinticinco años o quizás un poco menor.

Le sonreí, pero ella no me devolvió la sonrisa.

Entonces con un gesto de la mano, la invité a que se acercara.

Le llevó una eternidad caminar lentamente desde su árbol hasta donde yo estaba sentado. Finalmente la tuve de pie, frente a mí. Se veía infinitamente alta mientras me miraba hacia abajo (yo aún estaba sentado) y seguía sin sonreír.

—Hola —le dije —¿Cómo estás?

—Hola —me dijo con una voz que se me antojó muy femenina y melodiosa, y por fin me mostró una tímida sonrisa, pero al mismo tiempo dejó de mirarme a los ojos y se quedó mirando la mesa.

—Siéntate, por favor —le dije, extendiendo mi mano hacia la silla que tenía frente a mí. Ella intentó sentarse en un movimiento rápido y un poco descoordinado y casi se cayó al piso. Mientras yo me ponía casi en pie y extendía los brazos para tratar de atraparla (aunque estaba demasiado retirado para realmente ayudarla) ella logró, de alguna manera, caer sobre la silla y entonces me miró a los ojos y me sonrió. —Vi hace rato que estabas leyendo el libro I de *El Ejercito Terrestre*. Me dio mucho gusto porque yo lo escribí.

—Sí sé que tú eres el autor —me dijo, otra vez muy seria y mirándome a los ojos. Por algún motivo extraño, volví a sentir un escalofrío.

—¿Te gustaría que te lo firme? —le pregunté. Entonces ella volvió a bajar la mirada y retiró sus manos de la mesa. Era la viva imagen de una chiquilla a la que hubieran descubriendo comiéndose la galleta que no debía comerse antes de la cena. —¿Qué pasa? —le pregunté.

—No quiero que quieras firmar mi libro —me dijo.

—¿Por qué no? —le dije, riendo un poco —Para eso vine hoy. Para firmarle los libros a la gente que los lee.

—Es que... el mío no es comprado —me dijo. Habló en voz tan baja y tan rápido que me costó un poco de trabajo entenderla, pero finalmente lo hice.

—¿No? —le pregunté. Aún no tenía claro qué tipo de libro sería, si no era comprado.

—No —dijo, aun mirando a la mesa y mordiéndose un labio. —Es pirata. Son fotocopias.

A estas alturas, dada su actitud culpable, yo no sé qué me había imaginado, pero tenía el concepto de que su libro sería algo mucho peor, como un libro poseído o maligno, así que el hecho de que fuera una fotocopia pirata no me pareció de pronto tan terrible y me hizo soltar una nueva pequeña risa.

—Aunque sea pirata, si tú me lo permites, me encantaría firmártelo —le dije, extendiendo la mano —Pero solo si tú quieres.

Ella alzó lentamente la mirada y me miró a los ojos. Con la cabeza alta, erguida, se veía digna y orgullosa, aunque la gente que pasara al lado de mi stand hiciera una cara de desagrado cuando la veía morena o desaliñada o percibía que no olía muy bien, como si no se hubiera bañado durante varios días. Y esa actitud de ella, llena de dignidad, por alguna razón, me encantó.

Sin decir nada, lentamente se quitó la mochila y la puso sobre la mesa. La mochila había sido colorida alguna vez, decorada con motivos aztecas o mayas, pero ahora estaba remendada, sucia y llena de polvo. Cayó con un profundo “PUF” y levantó una pequeña nube de polvo. La chica la abrió y rebuscó en su interior y finalmente sacó un paquete de hojas engargoladas, que en el frente tenían la fotocopia (a color) de la portada de mi libro. Me lo pasó sin decir nada.

Ese libro se veía maltratado; con varias esquinas dobladas y en general usado, como esos libros que se han leído una y otra vez, mil veces, hasta conocerlos íntimamente. ¿Sería posible que existiera alguien en el mundo que hubiera encontrado mi trabajo lo suficientemente bueno como para leerlo más de una vez, de manera distraída? Nunca había considerado que fuera una obra relevante. Elegí una página al azar y lo abrí. El texto tenía varias líneas subrayadas y al borde de la hoja había anotaciones. Hubiera parecido que esta chica no leía mi trabajo. Lo estudiaba. Comencé a leer una línea al azar.

—“Avanzamos despacio hacia el enemigo...”

—“Con ese paso lento que tienen los hombres condenados a muerte; con esa lentitud del que no tiene prisa por dejar de vivir. Con la certeza de que todo estaba perdido y que sin embargo, albergábamos aún la tenue sospecha de alguna esperanza” —terminó ella la frase.

Alcé la mirada y nos miramos un momento a los ojos. Ella no dijo nada. Me llamaba la atención como no sonreía. Elegí otra página al azar, y también estaba subrayada.

—“Hubiera querido morir como un héroe y no como un perro...”

—“Pero las muertes, aunque los poderosos traten de convencernos de lo contrario, como los nacimientos y las familias, no se escogen... se aceptan y se sufren y se padecen mientras duran, o hasta que decidimos olvidarlos, pasar la página y mirar hacia otro lado” —volvió a terminar la frase. ¿Se sabía todo el libro de memoria?

Alcé la mirada para verle los ojos otra vez, atónito. Ella se encogió de hombros.

—Nunca he tenido la oportunidad de poder leer muchos libros. Y el tuyo me gusta —me dijo, y aún seguía sin sonreír.

Me encantaba su libro fotocopiado pirata. Era la prueba más clara de que lo que yo escribía importaba: alguien lo leía. Había alguien a quien le gustaban mis novelas. Estiré la mano para tomar mi pluma.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Xochitl —me respondió.

“Xochitl”, escribí, *“espero sinceramente que todos mis libros te gusten siempre tanto cómo éste te ha gustado. ¡Gracias por leerme!”*

Firmé el libro tratando de que toda la emoción que yo sentía en ese momento no fuera evidente y cuando se lo pasé, ella lo tomó, lo abrió y leyó la dedicatoria. Después me miró de nuevo a los ojos y murmuró, de manera casi imperceptible “Gracias”. Estaba sonriendo, y como a mí, le brillaban los ojos con alguna lágrima que luchaba por no salir.

—Oye —le dije, tomando de la mesa los tomos 2 y 3 —¿te gustaría leer los otros dos tomos para saber cómo termina la historia?

—Uy —me dijo —me encantaría. Pero no puedo. Perdón, pero no tengo dinero para comprarlos.

—Pero, ¿Quién te dijo que los compraras? —le dije —Yo te los voy a regalar.

Me encantó ver cómo abría los ojos y la boca de sorpresa.

—¿Me dejas dedicártelos? —le pregunté. Ella tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—Pero...

—¿Sí?

—Es que...

—Son mi regalo. No te preocupes. ¿Los quieres así o con una dedicatoria?

—¡No! ¡Claro! Con una dedicatoria ¿Se puede?

—¡Claro!

En cada uno de los libros escribí algo que no puedo compartir aquí, porque es aún algo muy íntimo entre ella y yo, y cuando terminé, se los pasé. Me encantaba verla mirándolos, deslizado su mano por las portadas y abriéndolos una y otra vez para leer las dedicatorias, como si no lo pudiera creer.

—No he comido hoy —le dije. —¿Tú ya comiste? Ven, te invito a comer.

Ella me miraba en silencio, sonriendo.

—Yo invito, pero acompáñame, ¿sí? —le pedí.

Nos pusimos de pie y comencé a caminar hacia el área de la comida, pero después de un momento me giré para ver dónde estaba. Ella venía caminando, pero detrás de mí y con la cabeza un poco baja. Me estiré un poco hacia atrás para tomarla de la mano y la jalé hasta donde yo estaba. Ella alzó la vista, sonrió y soltó un gritito de sorpresa. Comenzamos a caminar de nuevo, y después de que me aseguré de que venía a mi lado le solté por fin la mano, aunque hubiera querido tenerla aún en la mía.

—¿Qué quieres comer? —le dije, cuando llegamos al área de comida, que estaba en la mitad de aquel gran parque. Los organizadores habían puesto diferentes puestos de comida alrededor del claro, y en el centro habían colocado algunas mesas.

—¿Tú qué vas a comer? —me preguntó ella a mí.

—Pues... no sé... ¿a ti qué te gusta? —ella me miró un poco sorprendida (no sé porque). Alzó los hombros y alzó una mano, pero no dijo nada. Pensé que aquello nos iba a llevar un poco de tiempo, por lo que decidí tomar la iniciativa con algo fácil —¿te gustan los tacos? Allá tienen unos de guisado y allá unos de canasta. Los de guisado se ven más grandecitos ¿qué opinas?

Soltó una pequeña carcajada. Me encantaba cómo sus ojos se hacían pequeños y le brillaban cuando reía y cómo su sonrisa le poblaba entera la cara, literalmente como dice el dicho, de oreja a oreja.

—¡Vamos por los grandecitos! —me dijo.

Nos formamos en la fila de los tacos. La señora que estaba delante de mí volteó a vernos cuando percibió el olor de Xochitl, le hizo una mala cara a su acompañante y ambas rieron, pero tanto Xochitl como yo las ignoramos. Cuando llegamos al frente le hice un gesto para que ordenara primero. Ella miró un momento el menú y luego pidió tres tacos con voz clara y fuerte. El hombre se veía un poco confundido y la miró a ella y luego a mí.

—¿Algún problema, amigo? —le pregunté. —La señorita viene conmigo.

—No, no, ninguno señor —dijo el tipo y le dio a Xochitl un plato con los tacos que había pedido y también una limonada. Yo también ordené los míos y en cuanto los tuve, pagué y fuimos a sentarnos.

Nos sentamos en una mesa que estaba al fondo. Ella dejó con mucho cuidado su mochila en el piso, entre sus piernas, como si trajera la carga más preciosa del mundo. Sus pies se apretaban a cada lado de la mochila, como si tuviera miedo de que se la fueran a robar. Después centró su atención en los tacos. Eran bastante grandes y cada uno de ellos venía envuelto en dos tortillas de gran tamaño. Además del guisado, cada taco tenía también arroz, frijoles o ambos, así que tres de éstos, eran en realidad una comida bastante abundante. En lo que yo empezaba con el primero, Xochitl ya se había comido uno y medio. Tomó una servilleta que le habían dado en el puesto y envolvió el taco y medio que le quedaba con mucho cuidado. “Estos los voy a comer al ratito ¿está bien?” me preguntó y yo le dije que por supuesto, que estaba bien. Se puso de pie.

—Tengo que ir al baño. ¿Dónde están? —me preguntó.

—Están ahí atrás —le dije, señalando. —¿Quieres dejarme la mochila y yo te la cuido?

—No, no, no —me dijo al principio un poco asustada, pero luego consiguió calmarse. —No, yo la llevo. Ahora regreso. ¿Me esperas?

—Claro.

Xochitl caminó al baño. Conforme se iba acercando una de las organizadoras la vio y se puso frente a la puerta. Cuando intentó entrar, la organizadora le alzó la mano deteniéndola y se pusieron a hablar. Ví que Xochitl señalaba hacia mi mesa y me pregunté por qué no la dejarían pasar. Me puse de pie y comencé a caminar hacia donde estaban, pero en cuanto la organizadora me vio, hizo un gesto con las dos manos, como diciendo “no hay problema” y finalmente la dejó pasar. Xochitl me miró, entre sonriendo y entre mostrando asombro y enojo y pasó al baño.

Yo regresé a la mesa y la esperé ahí. Francamente, en algún momento me dio un poco de miedo que no fuera a volver, porque sí tenía ganas de seguir platicando con ella.

Pero después de algunos minutos regresó y se sentó conmigo de nuevo.

—Hola —me dijo, sonriendo. —Gracias por la ayuda hace un momento. A veces... no me dejan pasar a algunos lados.

—No te preocupes —le respondí.

Traté de comer un poco más rápido, mientras ella se echaba hacia atrás en su silla con aire satisfecho, e iba bebiendo lentamente su limonada, con una tenue sonrisa.

—Y... ¿a qué te dedicas, Xochitl?

—Trabajaba medio tiempo en un restorán y estaba estudiando letras hispanoamericanas en la UNAM hasta el año pasado. Pero ahora... no estoy haciendo nada —me dijo, tan casual como pudo.

—¿Por qué? —le pregunté, también de la misma manera, mientras iba comenzando mi segundo taco.

—Pues... mi papá se murió, así que tuve que dejar la escuela para trabajar de tiempo completo. Él era maestro, ¿sabes? Me enseñó a leer y a escribir y me leía libros que a veces podía sacar algunos días de la escuela. Pero ya no está con nosotros. Mi mamá ya es mayor y no ha encontrado trabajo y por eso yo estaba en el restorán, para cubrir nuestros gastos. Pero luego perdí el trabajo. Donde nosotros estamos ahora no siempre hay agua para bañarse y en el restorán no les gustaba que algunas veces no llegara... limpia. —me platicaba con la cabeza girada hacia la izquierda, mientras miraba hacia ningún lado, sin mirarme a los ojos. El tono de su voz se había vuelto frío. — ¡Pero ya estoy buscando otro trabajo! —me dijo, con toda la energía que pudo, intentando sonreír.

—Oye. Y si estudiabas letras... ¿también escribes? —le pregunté y logré por fin arrancarle una gran sonrisa sincera. Me miraba a los ojos. Después bajó la mirada a la mesa, a su plato.

—Escribía... antes. Cuando mi papá estaba con nosotros y yo tenía más tiempo.

—¿Qué escribías? —le pregunté, mientras lograba atragantarme los restos de mi segundo taco.

—Pues... te vas a reír —me dijo, mirando otra vez hacia la izquierda, y encogiéndose otra vez de hombros.

—¿Por qué? No creo.

—Pues... escribía ciencia ficción... cómo tú —dijo. —Bueno, no cómo tú. No tan buena como la tuya, pero estaba practicando y aprendiendo.

—Lo que yo escribo no es bueno, Xochitl. Son solo algunos librillos de historias muy simples —le dije riendo un poco.

—¿Ves? Te dije que te ibas a reír —me dijo, sonriendo y mirándome a los ojos.

—Me río porque piensas que mis libros son muy buenos, pero no lo son.

—El que yo he leído me ha encantado.

—Bueno, pues entonces me tienes en desventaja. Tú has leído una y mil veces mi libro y yo no he leído nada tuyo. ¿Eso te parece justo?

Soltó una pequeña carcajada y bajó la mirada, de nuevo hacia su plato. Dejó por fin la limonada que ya había terminado. Después me miró a los ojos.

—¿Te gustaría leer algo mío? —me dijo, sonriendo.

—Me encantaría —le respondí.

Levantó su mochila del piso y la puso sobre sus piernas. Rebuscó entre su misterioso contenido y finalmente sacó un cuaderno de tapa dura. Volvió a poner la mochila entre sus pies y después abrió el cuaderno, con una cara de concentración. Rebuscó un poco hasta que encontró una página y entonces me pasó la libreta, sonriendo.

Lo primero que me llamó la atención fue su cuidada caligrafía. La hoja de papel estaba llena de una escritura grande, escrita en tinta azul, apretada, usando cada rincón de la página, pero muy clara y bien formada. Su padre le había enseñado muy bien.

Así que me puse a leer el inicio de una historia de ciencia ficción.

El primer párrafo lo tenía todo: iniciaba con una secuencia de acción que te atraía a seguir leyendo, al mismo tiempo que te provocaba curiosidad: ¿Quiénes eran aquellas personas?, ¿esos héroes?, ¿Por qué estaban en esa situación tan extraña? Y sobre todo ¿Cómo podrían resolver su problema? ¡Y aquello era solo la primera página! Seguí leyendo algunas páginas más, mientras mi tercer y último taco se enfriaba en mi plato. Seguí leyendo hasta que una mano morena tomó el cuaderno de mis manos y me lo quitó. Y entonces reparé por primera vez en las manos morenas de Xochitl. No me había dado cuenta de lo oscuras que eran. Pensé entonces que lo que había visto vivir a Xochitl hoy era discriminación y que lo que yo había visto en un solo día, era su realidad cotidiana; de toda la vida. A veces adoramos a los indígenas muertos, como Cuauhtémoc o Moctezuma, pero despreciamos y explotamos a los indígenas vivos.

—¿Y? —me dijo con una sonrisa un poco tímida —¿Qué tan mal está? Me encantaría una crítica de un gran maestro como tú.

—Xochitl —le dije, —en primer lugar, no soy ningún maestro. En segundo lugar, está perfecto. No le encuentro ningún defecto. ¿Me dejas acabarlo?

Ella soltó una carcajada que hizo que las personas de la mesa de al lado

voltearan a vernos molestos, pero ella no se dio por enterada.

—¡No! —me dijo sonriendo —No puedes acabar de leerlo hasta que dejes de burlarte de mí y me digas qué es lo que tiene mal.

—¿Por qué tiene que tener algo mal? ¿Alguien más lo ha leído y te ha dicho que está mal?

Ella bajó la mirada y dejó de sonreír. Miró un momento al cuaderno cerrado con su mano encima.

—Hace mucho tiempo mi padre leía mis cuentos y me ayudaba a mejorarlos.

—¿No te gustaría publicarlo? Yo podría ayudarte.

Xochitl alzó de nuevo su rostro. Tenía los ojos muy grandes y la boca abierta. Intentó decir algo, pero no le salieron las palabras. Intentó un par de veces. Finalmente habló mientras bajaba la mirada y miraba el suelo, otra vez a su izquierda.

—No creo que esté como para publicarlo... todavía. Además, no he tenido tiempo para terminarlo. Y tú... debes de estar muy ocupado con tus propias cosas, ¿no? Bueno, gracias por la comida... y los libros.

Intentó ponerse de pie, pero yo me estiré hacia delante, la tomé de la mano y la obligué a sentarse de nuevo. Nos quedamos un momento en silencio, con mi mano aún sobre las suyas, que apretaban tan fuerte su mochila, que sus puños se veían blancos.

—¿Qué pasó? —le pregunté —¿dije algo que te molestara? ¿Por qué de pronto te quieres ir?

—No, no dijiste nada —me dijo aun mirando al vacío. —Pero no creo que pueda publicar esto. Como dije, ni tú ni yo tenemos tiempo... y no está bien...

—Xochitl, no sé qué está pasando por tu mente justo ahora, pero puedo asegurarte que tu texto está perfecto. Y te puedo jurar que si todo tu material es tan bueno como éste, yo estoy dispuesto a hacerme el tiempo para ayudarte a publicarlo.

Ella se mordió el labio y me miró un momento en silencio.

—Yo no tengo tiempo para seguir escribiendo, Manuel. Tengo que encontrar un trabajo —me dijo.

Por todo lo que me había contado y por su apariencia, yo ya había sospechado que ese era el problema.

—Bueno, ¿y qué te parece si yo te doy un trabajo? —le pregunté y ella, mirando su cuaderno, soltó uno de esos bufidos que son una expresión de

incredulidad e ironía.

—¿Y de qué me vas a dar trabajo? —me preguntó, sin alzar los ojos.

—De escritora. De autora —le dije.

—Esos trabajos no existen —me dijo. Me miraba a los ojos y se veía muy triste. —Y menos para gente como yo.

—Éste sí existe. Lo acabo de inventar. ¿Te interesa?

—¿Y cuánto paga? —su cara se iba iluminando lentamente con una sonrisa que le iba cambiando toda la expresión.

—¿Te alcanzaba con lo que te pagaban en el restorán? —le pregunté.

—No. Sólo lavaba los trastes.

—¿Y si fuera el triple de lo que ganabas en el restorán, te alcanzaría? —le pregunté y ella soltó otra vez esa carcajada ruidosa.

—¡No inventes! ¡Ni siquiera sabes cuánto ganaba en el restorán!

—Me imagino que no era muchísimo —le dije. —Anda, ¿Qué dices?

—Pues... acepto —me dijo, sonriendo y mordiéndose el labio. Me extendió la mano y yo la estreché, como cerrando un trato de negocios, y ella volvió a reír.

—¿Puedes pasar tus textos a Word? —le pregunté cuando nos soltamos las manos.

—No —me dijo y de nuevo estaba seria. —No tengo computadora.

—Mmm, bueno —le dije bromeando. —Tienes suerte. Este trabajo viene con laptop incluida. ¿Sabes usar una computadora?

Ella asintió con la cabeza.

—Pero... donde estamos viviendo ahorita... no hay internet... —me dijo.

—¿Hay agua? —le pregunté y ella negó con la cabeza, —¿electricidad? —ella volvió a negar con la cabeza y una lágrima se asomó por sus ojos. Entonces bajó la mirada y la cabeza y trató de contener su llanto, pero estaba temblando visiblemente y podía oír algunos sollozos. Se talló con fuerza los ojos y alzó la cabeza muy alto, pero seguía mirando su cuaderno. Era claro que ella y su madre estaban viviendo en la calle. —Bueno —le dije —es muy sencillo. Vamos a relocalizarte a ti y a tu mamá a un departamento que yo tengo aquí en la ciudad. ¿Te gustaría mudarte para allá? Ahí te puedo poner una computadora y ya hay internet.

—¿En serio? —me preguntó con esa mirada de incredulidad que yo ya había visto varias veces ese día y que estaba empezando a gustarme.

—Claro. Eres la nueva becaria de mi editorial y me voy a asegurar de que

podamos publicar esos libros. De ahora en adelante te vas a concentrar en escribir y yo me encargó de lo demás. Además, quiero que seas una lectora beta de mi próxima novela. ¿Te gustaría?

Ella miró su mano sobre su cuaderno. Después alzó los ojos que estaban arrasados de lágrimas. La quijada le temblaba un poco. Con su puño cerrado se quitó otra vez las lágrimas de los ojos. Carraspeó y después de algunos instantes habló con voz clara y firme, mirándome a los ojos.

—Claro. Me encantaría.

—Pues no se hable más del asunto. Voy a llamar a mi chofer. Él te va a acompañar a recoger a tu mamá y las va a llevar al departamento que está vacío. Yo por el momento paso casi todo mi tiempo en Los Angeles, ¿sabes? Estoy tratando de lanzar un nuevo proyecto y solo estoy aquí de paso esta semana para la feria. Joaquín se va asegurar de que cenén bien y se acomoden. Mañana las lleva al super a comprar todo lo que necesites y por la tarde tú y yo nos sentamos a trabajar. ¿Está bien?

Me puse de pie mientras sacaba el celular para hablarle a Joaquín, mi chofer, y darle instrucciones, pero Xochitl puso su mano sobre la mía que aún estaba sobre la mesa. Se inclinó un poco hacia delante y me miró a los ojos. “Gracias” me dijo en voz muy baja. Yo solamente le dediqué una gran sonrisa.

## Capítulo 2

Joaquín ya conocía mis locuras y mis barbaridades. Llevaba algunos años trabajando conmigo y ya me había acompañado a comunidades de bajos recursos en Chiapas y en El Salvador. A él mismo yo lo había contratado cuando él había salido de la cárcel y no podía encontrar trabajo por ningún lado. Así que ni le extrañó que Xochitl fuera a vivir a mi departamento vacío ni tampoco hizo ningún comentario. Simplemente se aseguró de que toda la logística se diera como yo quería, como lo había hecho en tantas otras ocasiones.

Organizamos todo aún sentados en aquella mesa en el área de comida de esa feria del libro.

—Pasas por la mamá de Xochitl, recoges las cosas de ambas y las llevas al departamento. Cómprales algo de comer, lo que quieran, para que cenén. Les enseñas todo el departamento y te pones de acuerdo con ellas para llevarlas mañana al supermercado y comprar la despensa. No hay nada de comer en el departamento.

—Claro, Manuel— me dijo Joaquín, que inmediatamente entendió la situación de la chica y se hizo cargo —Xochitl ¿nos vamos? —le dijo, extendiéndole una gran sonrisa. La chica me miró. Creo que así de pronto, ya no se sentía tan segura de irse con un desconocido en un auto. Nos miraba a uno y a otro, abrazando su mochila y no contestaba. Me di cuenta que yo tendría que ir también. Lo cual era un problema, porque no podría continuar con la firma y venta de libros. Pero no era como que yo fuera famoso. No habría grandes consecuencias si perdía una tarde.

—Xochitl —le dije —¿sabes? Si quieres, voy con ustedes.

—No —dijo ella, todavía sosteniendo su mochila y pasando su mirada de uno a otro. —No hace falta.

—No te preocupes —le dije yo. —No hay problema.

Fui un momento a mi mesa de venta y le di algunas instrucciones a la chica que me ayudaba en la feria para que recogiera todo y lo guardara. Ya mañana seguiríamos con la venta. Después de eso, los tres fuimos al estacionamiento, a la camioneta. Ella se sentó en la parte de adelante, para darle instrucciones a Joaquín y yo me acomodé en la parte de atrás,

Llegamos a un puente que estaba en las afueras de la ciudad. Por la parte de arriba circulaban veloces los autos, llevando a sus ocupantes hacia las faenas de sus ocupadas vidas diarias. En la parte de abajo, cubiertos por las sombras de la fría estructura de asfalto, había algunos puestos miserables de comida y también había unas cuantas personas sentadas o acostadas en el piso. Los peatones que tenían que caminar por abajo del puente para llegar a las paradas de sus camiones, trataban de hacerlo de la manera más rápida posible y evadiendo algunas de esas oscuras figuras que en ocasiones se les acercaban para pedirles dinero o algo de comer. En alguno de aquellos puestos había un albañil sentado, comiendo una torta y tomando un refresco. Xochitl le indicó a Joaquín que detuviera la camioneta en una pequeña calle que estaba frente al puente y nos dijo que la esperaríamos. Cuando ambos preguntamos si quería que la acompañáramos, casi gritó “¡No!” Después, con una voz un poco más tranquila dijo “ahora regreso”.

—Xochitl —le dije antes de que bajara —me voy a pasar al asiento de adelante, para que tú y tu mamá puedan ir cómodas y juntas aquí atrás. ¿Te parece bien?

Ella me miró un momento y después asintió con la cabeza, en silencio.

—¿Quieres dejar aquí tu mochila? —le pregunté y ella volvió a soltar un “¡No!” casi tan intenso como hacía un momento, así que decidí que era mejor no insistir y dejarla hacer lo suyo.

Bajó del auto y cruzó la calle. Se metió abajo del puente y ahí se sentó frente a una viejita que, curiosamente, yo no había visto antes, dormitando en el piso al lado de uno de esos puestos de comida hechos de lámina blanca. Hablaron un momento y Xochitl le dio los tacos que había guardado antes en la mochila, en la feria. La mujer comió lentamente mientras oía a su hija, que señalaba hacia nuestra camioneta. Su cabeza oscilaba entre mirar hacia nosotros, hacia la camioneta, y regresar a mirar a la chica, mientras la escuchaba y seguía comiendo lentamente. Terminó de comer y siguieron hablando un momento. En algunas ocasiones señalaban hacia nosotros o volteaban a vernos. Joaquín y yo guardábamos silencio y yo me estaba preguntando si aquello funcionaría o no, cuando Xochitl se puso de pie y con algo de trabajo, ayudó a la viejecita a ponerse en pie. Tomaron una gran bolsa negra de plástico que estaba en el piso y comenzaron a caminar hacia donde estábamos nosotros.

Cruzaron la calle y finalmente llegaron a la camioneta y se metieron

dentro. La señora se acomodó con trabajo en el asiento y tímidamente dijo “buenas tardes”. Nosotros también saludamos, volteando a verla un momento y sonriendo. Xochitl entró después. Acomodó en el piso de la camioneta la gran bolsa de plástico y su mochila y se sentó. Esos dos paquetes eran todas las pertenencias de esa pequeña familia.

“Ya podemos irnos” nos dijo simplemente.

Joaquín encendió el auto y nos fuimos. Ambos bajamos un poco los cristales del auto para que entrara aire fresco. Si el olor de Xochitl había sido un poco fuerte en la mañana, la presencia de su mamá era aún más intensa, pero comentar cualquier cosa hubiera sido de muy mal gusto, tomando en cuenta las circunstancias de las cuales las estábamos rescatando.

Fue un viaje lleno de silencios incómodos donde todos tratamos en algún momento de iniciar alguna plática casual sin mucho éxito.

Llegamos finalmente al departamento y Joaquín estacionó el auto. Ambos bajamos rápidamente y las ayudamos a bajar. Joaquín se ofreció a cargar aquella gran bolsa de plástico negra y Xochitl pudo concentrarse en ayudar a su mamá.

Abrimos la puerta del recibidor y yo y Joaquín saludamos al portero que nos saludó de regreso y se quedó mirando un momento a las dos mujeres, pero no dijo nada. Tomamos el elevador y en un momento estábamos en la puerta del departamento.

—Espero que les guste —les dije, mientras abría la puerta. Me eché a un lado y con la mano les hice un gesto, invitándolas a pasar antes que yo. Las dos entraron y se quedaron quietas en la sala. Mientras Joaquín pasaba, dejaba la bolsa en el recibidor y cerraba la puerta tras de sí, me les quedé viendo.

Ambas sonreían y las lágrimas se les escapaban de los ojos. La mujer tenía las manos entrelazadas sobre el pecho y Xochitl tenía las manos sobre los hombros de su madre. Sus ojos miraban todo alrededor.

—¿Y vamos a poder quedarnos aquí hoy, hija? —le preguntó la mujer a su hija. Ella la miró a los ojos, pero no contestaba, así que yo me atreví a hablar.

—Se pueden quedar aquí todo el tiempo que necesiten, señora. No lo estoy usando, así que siéntanse cómo en su casa.

Xochitl tragó saliva y me miró a los ojos sonriendo, pero su madre seguía de pie en la mitad de la sala, devorando con su mirada todo el lugar, maravillada.

—¿De verdad, joven? —me dijo la mujer.

—¡Claro, señora! Pero dígame Manuel, que así me llamo. Mire, venga, siéntese acá, para que no se canse —le mostré el sofá de la sala pero ella negó muy seria con ambas manos.

—No, no, no, muchas gracias. Estoy muy sucia ahorita. Nomás lo voy a manchar —me dijo.

—Eso no importa —dijo Joaquín —siéntese por favor, madrecita, para que descanse. Le voy a traer un vaso de agua, ¿está bien? ¿o prefiere café?

La señora se fue sentando con la ayuda de su hija en el sofá. Era claro que estaba bastante débil.

—¡Ay, joven! Hace mucho que no tomo un café. Me encantaría uno —dijo. —Pero tú me lo puedes hacer, hija, ¿verdad? Para no molestar a los señores.

—No es ninguna molestia —dijo Joaquín, al mismo tiempo que Xochitl se ponía de pie de nuevo diciendo “claro que sí, mamá”. Ambos se me quedaron mirando, sin saber qué hacer.

—Ven, Xochitl —dije, mientras comenzaba a caminar a la cocina y ella me seguía. —Te enseño dónde está todo para que le hagas un café a tu mami. También te enseño dónde está el baño por si se quieren bañar. Mientras lo hacen, Joaquín y yo vamos a salir para traerles algo de cenar. ¿Qué se les antoja?

—Lo que tú quieras —me dijo Xochitl, mientras me seguía, pero volteaba nerviosa a ver a su mamá que de nuevo, en el sofá, había comenzado a sollozar un poco, mientras Joaquín se sentaba junto a ella y trataba de consolarla.

—¿Todo bien? —le pregunté —¿prefieres ir con ella?

Xochitl sonrió y negó con la cabeza.

—No —dijo —ella está bien. Solo está... —Xochitl alzó las manos — impresionada por la intensidad de este cambio. Jamás nos lo hubiéramos esperado. Ha sido un rescate —me miró, sonriendo y se acercó a mí. Me abrazó mientras decía “gracias” y comenzó a llorar un poco. Nos quedamos algunos minutos en la cocina, con ella lloriqueando suavemente en mis brazos hasta que la voz de su madre se oyó tímidamente desde la sala, “hija” a lo que Xochitl respondió “ya va el café, mamita” y, separándose de mí, se puso a buscar las cosas en la cocina.

—Xochitl —dije, mientras caminaba de la cocina a la sala, donde estaba sentada la señora, —Joaquín y yo vamos por unas tortas para todos ¿está bien?

—Sí, está muy bien —dijo ella saliendo un momento de la cocina.

—¿De qué las quieren? —preguntó Joaquín.

—De lo que quieran está bien —dijo Xochitl.

—Yo la mía la quiero de milanese, si no es mucha molestia —dijo la señora alzando su mano.

—Claro que no, está perfecto —dijo Joaquín. —¿Y tú Xochitl?

—Pues a mi tráeme la cubana —dijo, riendo. —Es que soy muy tragona.

—Bueno —les dije —son las cuatro de la tarde. Regresamos a las ocho de la noche, ¿está bien?

Quería dejarlas solas un rato para que les diera tiempo de bañarse tranquilas y de lavar su ropa. Le enseñé a Xochitl donde estaban la lavadora y la secadora de ropa y le pregunté si sabía cómo usarlos. Me dijo que no, así que pasé unos minutos mostrándole cómo usarlas.

—¿Por qué no traes tu ropa y la echamos de una vez? —le propuse, pero ella solo se echó a reír.

—¿Cómo crees? —me dijo —Tengo que lavar la que traigo puesta también y pues no me voy a quedar desnuda, ¿no?

Nos quedamos un segundo en silencio pero cuando vio mi cara de sorpresa soltó una carcajada y los dos nos pusimos un poco rojos. Me volvió a preguntar varias cosas acerca de la operación de los aparatos y yo le volví a explicar.

Finalmente nos fuimos.

Aproveché para ver cómo iban las cosas por la feria. Se habían vendido varios libros más. Algunas personas habían preguntado por mí, pero les habían dicho que había tenido una emergencia familiar que no me había dejado estar por la tarde, pero que seguramente mañana por la mañana podría firmar algunos libros más.

Teníamos tiempo de sobra, así que me senté a la mesa, firmé unos cuantos libros y me tomé unas fotos con algunos lectores un rato. Después recogimos todo y Joaquín y yo fuimos a tomarnos un café.

Finalmente, pasamos a comprar las tortas y volvimos al departamento. Al llegar a la puerta, tocamos.

—¿Quién es? —nos contestó la voz precavida de Xochitl.

—Somos Joaquín y Manuel— contesté yo.

—¿Pues... qué no traen llave? —me dijo ella, abriendo la puerta y mirándome extrañada desde el otro lado. Se veía muy diferente. Traía los mismos jeans y la misma playera, pero ahora ya estaban limpios y ella se había bañado también y se había lavado el pelo. La ropa aún tenía algunas

rasgaduras, pero estaba limpia. Ese olorcillo que la acompañaba había desaparecido por completo. Ahora olía a jabón y al shampoo (de hombre) que había en mi baño, y por primera vez pensé que era bastante guapa.

—Pues sí... pero queríamos saber si estaba bien entrar —le dije.

—Tonto —me dijo sonriendo y se hizo a un lado para que pudiéramos pasar. Su mamá también estaba muy cambiada, luciendo un vestido diferente y también con el cabello húmedo y muy acicalada. La mesa del comedor estaba puesta. Habían sacado el mantel que yo usaba en navidad y año nuevo (cuando estaba en el departamento) y lo habían puesto sobre la mesa, con platos, vasos y cubiertos limpios. Se veía todo muy bien. Puse la bolsa con las tortas sobre la mesa.

—Pero... no vamos a necesitar cubiertos, Xochitl —le dije. —Vamos a comer tortas.

—Está bien —dijo ella, mientras abría la bolsa para sacar la comida, que puso en un plato al centro de la mesa. —Los pusimos por si las dudas, y además... porque mi mamá quería tener una mesa completa.

Xochitl miró a su mamá sonriendo y ella le devolvió el gesto. Era una escena bonita, verlas por fin contentas. Nos sentamos a la mesa y Joaquín sacó unos refrescos pero Xochitl no nos dejó ni abrirlos. Nos dijo que eran malos para la salud y que íbamos a tomar agua. Fue a la cocina por una gran jarra, nos sirvió a todos y nadie discutió.

—Xochitl —le dije mientras comíamos —ya me puse de acuerdo con Joaquín. Mañana, después de dejarme en la feria, va a pasar por ti para llevarte al supermercado a que compres tu mandado.

—¡Ay, sí! Qué bien, Joaquín, porque no hay nada en el refrigerador. Yo creo que Manuel vive del aire o algo —dijo y todos reímos.

—¿A qué hora quieres que pase por ustedes, Xochitl? —le preguntó Joaquín.

—Pues a las ocho de la mañana está bien, ¿verdad, mamá? —preguntó ella, y su mamá asintió con la cabeza. Xochitl puso la torta un momento en el plato. No le había dado más que unas cuantas mordidas. —Pero, Manuel, ¿cómo te vamos a apagar todo esto, mi mamá y yo?

—No te apures, Xochitl —le dije, —te lo vamos a descontar de tu primera quincena, ahora que te paguemos. Yo vengo mañana por la tarde para que empecemos a trabajar.

—Ay, hijita —dijo la señora, dejando también su torta un momento en el

plato —¿De qué vas a trabajar?

—Pues ya te dije, mamá —dijo Xochitl, un poco seria.

—Va a trabajar en escribir sus libros, señora. Los vamos a publicar y van a ser un éxito —le dije.

—¡Ay, qué bueno! —dijo la anciana.

—Manuel cree que la gente va a comprar mis libros —le dijo Xochitl a Joaquín, alzando las cejas, en un plan un poco incrédulo.

—No sé mucho de literatura, pero si él dice que se pueden vender, le creo. Llevo varios años trabajando con él y hasta ahora siempre ha podido pagar mi sueldo, así que, o es un narcotraficante lavando dinero, o su trabajo sí se vende bien —dijo Joaquín. Todos rieron y yo le agradecí con un gesto de la mano su confianza.

—¿Y cuál vas a publicar primero, hija? —preguntó la señora. Xochitl ya no estaba comiendo. Había dejado la mayor parte de su torta en el plato. Por un lado me sorprendía que siempre empezara a comer tan rápido, pero que después dejara la mayor parte sin comer. Por lo menos así había sido estas dos veces que habíamos comido juntos.

—Pues ahorita no sé nada, mamá. Hay que revisarlos todos y ver cuál es el menos malo —le dijo. Después se giró hacia mí y puso su mano sobre una de las mías. —Lo que sí sé es que gracias a ti, hoy mi mamá y yo tenemos qué comer, dónde dormir y nos pudimos dar un baño que nos cayó muy bien.

Yo no pude decir nada, porque tenía la boca llena, lo cual agradecía, porque también tenía un nudo en la garganta.

—Bueno —dije, cuando acabamos de comer y después de haber platicado un buen rato en la mesa. —Joaquín, ¿me llevas al hotel?

—¿Cómo al hotel? —preguntó Xochitl —¿pues... que no es ésta tu casa?

—Pues sí —le dije, —pero si ustedes están viviendo aquí, no me puedo quedar. Solo hay dos cuartos con camas. Tú mamá ya está en una y tú en la otra.

—No —dijo Xochitl, —yo puedo dormir en el sofá.

—No, ¿cómo crees? No seas loca. Joaquín me lleva a un hotel. Ya empaqué mis cosas —le dije a Xochitl mostrándole la maleta que estaba junto a la puerta. Ella se puso de pie, la levantó y la llevó a mi cuarto. Después regresó y comenzó a recoger los platos para llevárselos a la cocina. Todos estábamos en silencio hasta que ella se inclinó y me miró a los ojos.

—Tú no te vas a ningún lado —me dijo. —Ésta es tu casa y tú aquí, eres el

señor. Ya veremos cómo nos las arreglamos.

Así que Joaquín simplemente se encogió de hombros y a los pocos minutos se fue. Después de un rato, la mamá de Xochitl me dio otra vez las gracias muy sentida, casi llorando otra vez y su hija se la llevó a su cuarto a dormir. Estuvo unos minutos con ella, mientras yo leía en mi teléfono sentado en el sofá de la sala y después de un momento regresó. Nos habíamos quedado solos.

—Pues... —dije, rascándome la nuca. —Si quieres yo puedo ocupar el sofá.

—No, Manuel— me dijo, riéndose un poco. —No es por criticar, ni nada, pero ya lo probé y está rete duro. Además es muy estrecho. Ya compraremos otra cama para el estudio.

—Pero... ¿y hoy qué hacemos? —le pregunté.

—Pues nos dormimos en la cama —yo debo haber puesto una gran cara de asombro, porque Xochitl soltó una carcajada. —¡No empieces a tener ideas raras! Vamos ¡a dormir! No va a pasar nada si cada quien se acomoda en un pedazo de la cama y nos dormimos. Ya somos adultos y no tenemos que explicarle nada a nadie ¿no crees?

Me pareció razonable lo que decía, así que simplemente asentí. Pero cuando íbamos caminando juntos hacia la habitación, la tensión podía cortarse con un cuchillo y de hecho, yo podía sentir que tenía una erección.

—No te importa si dejamos la puerta abierta, ¿no? —me preguntó Xochitl y aunque era de noche, yo podía ver que tenía la cara roja. Ella empujó lentamente la puerta con una mano, hasta que ésta chocó con la pared y se le quedó viendo un momento, aún con su mano sobre el borde.

—No, para nada —le dije. Ella tomó una mano con la otra y bajó la mirada para mirarse las palmas. Me imaginé que estaba tomando valor para confesarme algo.

—No tengo otra ropa y mucho menos, tengo pijama. Así que... me voy a dormir con esta misma ropa. No tengo otra —dijo, encogiéndose de hombros. —A lo mejor se te hace raro, pero te aseguro que cuando tenga más dinerito me voy a comprar de todo. No soy sucia ni nada, lo que pasa es que...

—No, Xochitl —le interrumpí, —no me molesta para nada. De hecho, yo también me voy a dormir con esta misma ropa. ¿Sabes? Así lo hago bastante seguido, cuando me quedo dormido escribiendo —le dije.

Nos acostamos en la cama, uno de cada lado, con un saludable espacio entre los dos. Ambos teníamos nuestras manos sobre el estómago y mirábamos

al techo. Después de un momento, Xochitl se giró para apagar la luz y nos quedamos a oscuras.

—Buenas noches, Manuel. Gracias por todo.

—Buenas noches, Xochitl —le respondí.

Un beso en la mejilla me despertó por la mañana, acompañado de las carcajadas de mi huésped.

—¡Roncas! —me dijo, casi gritándome en el oído. Después se puso de pie y salió corriendo a la cocina, aun riendo.

Me senté sobre la cama y miré el teléfono. Eran las cinco de la mañana. Hacía muchos años que no había dormido tan bien, sin despertarme a media noche varias veces. También hacía años que no me despertaba tan temprano.

Pude oír los ruidos en la cocina y supe que Xochitl y su mamá ya estaban preparando el café.

Me puse de pie después de algunos minutos, fui a la cocina y ahí me encontré a Xochitl que me pasó una taza de café caliente.

—De veras no tienes nada de comer, lobito. No pudimos preparar ningún desayuno. Pero para la tarde, cuando llegues, ya te tendremos algo. Toma, te hicimos café.

—¿Lobito? —era la primera vez que ella me llamaba así. Salió de la cocina y cuando miré a su mamá, simplemente se encogió de hombros.

—Xochitl siempre ha pensado que los lobos son los animales protectores de su tótem —me dijo. De alguna manera, esa explicación solo me confundía más.

Apenas alcanzamos todos a bañarnos cuando Joaquín ya estaba afuera esperándonos. Nos subimos a la camioneta y a mí me dejó en la feria, donde me pasé la mañana promocionando mis libros y firmándoselos a algunos lectores que tuvieron la amabilidad de pasar a visitarme.

De ahí se llevó a la chica y a su madre al supermercado a comprar la despensa de las próximas dos semanas.

Durante la mañana, a ratos me llegaban algunas fotos por el Messenger de Joaquín, donde me mostraba a Xochitl y a su mamá en el super, al parecer, comprando de todo. Las veía sonriendo y cargando una sandía o podía verlas muy contentas junto al pasillo de shampoo y pasta de dientes. Parecían anuncios de una revista de los sesentas, pero por lo menos, ya sabía que estaban comprándose todo lo que necesitaban. Las últimas fotos la mostraban en el departamento de ropa de la tienda, enseñándome una blusa, un suéter o un

par de jeans, por lo que me imaginé que Joaquín también las había llevado a esa sección a comprarse algo que ponerse, lo cual me pareció perfecto. Yo le había dado carta blanca a mi chofer para que gastara todo lo que se necesitara, incluyendo ropa, la cual ya me había dado cuenta que también les hacía falta.

La mañana se me fue volando y estaba comiendo algo a medio día cuando Joaquín llegó a sentarse conmigo.

—Hola, jefe, —me dijo. A veces me decía así cuando estábamos solos. —  
Provecho.

—Hola, gracias —le dije —¿quieres comer algo?

—No, gracias. Ya comí.

—¿Y cómo te fue? —le pregunté.

—Pues bien. Ya llevé a Xochitl y su mamá al super.

—Sí, ya vi todas tus fotos —le dije.

—De verdad no tenías nada de comer en el departamento.

—No, es que hace tiempo que no lo uso. Tú sabes que en este momento yo estoy concentrado en el proyecto de Los Ángeles y pues solo vengo a la Ciudad de México cuando hace falta.

—Pues ya compramos todo lo necesario para los próximos quince días. Ambas estaban muy preocupadas pensando cómo te iban a pagar. Me recordaron a mí mismo y a mi esposa cuando me contrataste, cuando salí de la cárcel. Están en ese estado en el que estábamos nosotros en esa época.

—¿Y qué estado era ese? —le pregunté, curioso. Nunca habíamos hablado de eso.

—Pues no podíamos creer que nos estuvieras ayudando. No entendíamos por qué lo hacías. Diantre, aún hoy, hay veces que no entendemos por qué lo hiciste, pero cuando vi el agradecimiento en los ojos de la chica y de su madre, creo que capté un poco más porqué tienes estas locuras que tú tienes. Así que les conté un poco de mi historia y les dije que no se preocuparan, que podían comprar todo lo que necesitaran. Hemos salido con dos carritos de supermercado y me he roto la espalda subiendo todo al departamento.

Ambos reímos un poco.

—Xochitl me ha mandado decir un millón de veces que te está muy agradecida y que te esperan hoy por la noche para cenar y empezar el trabajo, así que en cuanto cerremos lo de la venta de tus cosas aquí en la feria te voy a amarrar y te voy a llevar para allá aunque no quieras, jefe. No me voy a arriesgar al enojo de Xochitl. Se ve que esa muchacha puede tener un carácter

muy fuerte y muy decidido —me confesó mi chofer y ambos reímos de nuevo un poco.

—Pero vamos a tener que dejar la feria temprano, Joaquín. Necesitamos pasar a comprarle un teléfono y una computadora. Si no, no va a poder escribir las novelas y nada más me voy a endeudar.

—¿Y sí es buena escritora, Manuel? —me preguntó mi chofer, acercándose un poco. Era natural que preguntara. La historia era un poco increíble. Simplemente asentí con la cabeza.

—Créeme, Joaquín —le respondí. —En un par de años vas a estar viendo sus libros en todos lados. No me sorprendería que me supere y con mucho.

—¿De plano?

—Pues... tú sabes que yo en realidad, soy un escritor malo... comercial... tirándole a “olvidable”. Ella, me parece, escribe a otro nivel.

—Pero... ¿cómo es posible? ¿dónde aprendió?

—Pues según entiendo su papá era maestro de escuela y muy dedicado. Creo que era como muy aficionado a la lectura y le leía mucho a su hija... antes de morir. Es lo que he podido entender por comentarios aislados aquí y allá, pero un día, espero no muy lejano, te podré contar toda la historia —le dije, guiñándole un ojo.

Por la tarde, en una tienda departamental compramos un teléfono celular y una laptop. Después de eso, Joaquín me dejó en el departamento y se fue a su casa a ver a su familia.

Llegué al departamento y toqué el timbre.

—¿Quién es? —pude oír a Xochitl preguntar del otro lado de la puerta. Su voz se oía más alegre que el día anterior.

—Hola, soy yo —le dije —El lobito. —Había pasado todo el día esperando para usar ese nombre.

Repentinamente se acabó la risa de la chica del otro lado de la puerta. Xochitl abrió la puerta y se me quedó viendo muy seria. Tenía una de las manos en su cintura.

—Lobo —me dijo —¿sigues tocando la puerta para entrar a tu propia casa? ¿No te dije ya ayer que tú eres el señor de esta casa?

—Bueno... —le dije, sonriendo. Lo que menos me había esperado era un regaño.

—Que sea la última vez que andas tocando la puerta para entrar a tu casa. ¿Qué va a decir la gente? —me dijo ella, mirando a ambos lados de la puerta,

como imaginándose a una vecina chismosa. Después se hizo a un lado para que pasara.

Cuando entré, puse en el suelo la gran bolsa de compras que traía la caja de la laptop y la caja del teléfono y ella cerró la puerta tras de sí. Me sonrió y me echó los brazos al cuello. Me besó en la mejilla y me dijo “hola”. Me encantaba verla contenta: tenía una sonrisa que iba de un lado al otro de su cara y los ojos le brillaban.

—Mmm, qué bien hueles —le dije, antes de pensar lo que decía. Me había gustado mucho como olía su cabello, que estaba húmedo. Ella soltó otra de esas risas que la caracterizaban.

—Sí —me dijo contenta, otra vez con los ojos muy abiertos y brillantes, mientras se separaba. —Ya compramos nuestro shampoo para mujeres, así que ya no te estaremos robando el tuyo ¡Y ya no huelo a hombre!

Me quedé un minuto mirándola y ella se dejó contemplar, mientras cruzaba un pie delante del otro, y cruzaba sus manos atrás de su cadera, coqueta. Agachó un poco la cabeza, sonriendo y alzó la mirada para verme a los ojos. Llevaba unos jeans azules nuevos que delineaban perfectamente las curvas de sus piernas y sus caderas y traía una blusa polo negra nueva. También traía tenis nuevos, rosas y toda ella brillaba de felicidad.

—Ya es hora de cenar, muchachos —nos llamó Doña María, la mamá de Xochitl, desde la puerta de la cocina. Ella también se veía radiante con un vestido nuevo. Entonces Xochitl recuperó su compostura y corrió a la cocina a traer algo. La mesa estaba puesta con un mantel nuevo, aunque la vajilla y los cubiertos seguían siendo los que yo usaba en navidad. Estaba pensando que esta vajilla se iba a usar mucho más de lo que yo jamás la había usado. Siendo un hombre soltero, no era muy a menudo que pasara dos días seguidos comiendo bien y además, con la vajilla. Sin decir nada, me senté a la mesa mientras Xochitl traía varios platones.

—Debes estarte muriendo de hambre, lobito. Te fuiste sin desayunar. Te voy a poner un poquito de todo —me dijo. Me sirvió ensalada, frijoles, un poco de arroz blanco y unas enchiladas de pollo gratinadas y con salsa verde.

—Mmm, se ve delicioso —dije —pero no sé si me lo pueda comer todo. Es mucho.

—Sí te lo tienes que comer todo, lobito —me dijo Xochitl, sin mirarme. Estaba sirviéndose a ella y a su mamá. No dejaba de llamarme la atención que ella siempre se servía raciones muy pequeñas. —Tienes que comer bien y no

te puedes ir nada más así sin desayunar y luego no comer nada en la cena. A comer —dijo simplemente, con ese tono que no admitía discusiones. Yo ya no le dije que normalmente nunca desayunaba, así que estuvimos comiendo mientras ella me preguntaba cómo me había ido en la feria y le estuve platicando algunas anécdotas. Después ella me estuvo contando todos los detalles de cómo les había ido en el supermercado. Tenía la habilidad de convertir cualquier historia en algo divertido y nos tenía a su mamá y a mí riendo mientras nos contaba todas las cosas que les habían pasado. Xochitl casi no comió nada, contando sus historias. Finalmente, cuando yo terminé, me puse de pie para llevar mis platos a la cocina, pero Xochitl me dijo simplemente “siéntate” otra vez en ese tono y se lo llevó todo. Después regresó con un plato pequeñito que tenía una rebanada de pastel.

—¿También compraron pastel? —le pregunté sorprendido.

—Ay, lobito. Claro que no. El pastel lo hice yo —me dijo. —Pruébalo.

Era un pastel de tres leches. No sabía si eso era casualidad o si Xochitl sabía que ese era mi pastel favorito. ¿Se lo habría dicho Joaquín? Tome una cucharada pequeñita y me lo llevé a la boca.

—Wow —dije —está delicioso.

—¿Eh? —me dijo ella, sonriendo —para que veas. Y lo hice yo solita.

—¿Dónde aprendiste a hacerlo?

—Es fácil. Ya te había platicado que trabajaba en un restorán.

—¿Y sabías que este es mi favorito?

—¡NO! —dijo Xochitl con un tono exagerado y soltando una carcajada, lo cual hizo evidente que lo había sabido todo el tiempo —¡Mira tú, qué casualidad!

—Ay, niña —dijo su mamá, con todo resignado y poniendo los ojos en blanco, mientras también probaba el pastel.

Comimos el pastel riendo y después doña María se disculpó para ir a la cocina. Dijo que tenía que lavar los trastes y no aceptó ayuda de nadie. Cuando la mesa estuvo recogida cerró la puerta de la cocina y se atrincheró ahí.

Yo no sabía muy bien qué hacer, así que me fui a la sala y esperaba a que Xochitl me acompañara para abrir los paquetes y comenzar a trabajar.

Ella llegó con una taza y la puso sobre la mesa de la sala.

—Aquí está tu café, lobito. Con dos de azúcar, ¿verdad? —me dijo mientras se sentaba a mi lado.

—Oye, me estás echando a perder. Nunca nadie me ha consentido tanto. Ni en el restorán me traen el café a la mesa.

—Eres un tonto —me dijo ella, riendo de nuevo.

—¿Te parece que comencemos a trabajar o estás muy cansada? —le pregunté.

—No, estoy bien. ¿Qué vamos a hacer?

—Pues, vamos a abrir y a configurar tu computadora y tu teléfono —le dije y le pasé ambas cajas. —Toma.

Ella abrió mucho los ojos, boquiabierta mientras tomaba ambos paquetes. Después los abrazó contra el pecho.

—¿Son para mí? —me dijo.

—Claro, necesitamos que tengas una computadora para que puedas pasar todos tus textos a formato electrónico. Si no, ¿cómo los vamos a publicar? Y pues el teléfono lo necesitamos para poder hablar.

—¿Y todo esto cuánto costó? —dijo ella, poniéndose las cajas de cartón en las piernas, para mirarlas, pero aún no se atrevía a abrirlas.

—Por eso no te preocupes. Ya te dije mil veces que te voy a descontar todos los gastos que hemos adelantado de tus futuras quincenas.

—¡No, pues a este paso voy a tener ochenta años antes de poder cobrar una sola quincena! —dijo, y ambos soltamos la carcajada.

—Ese es mi secreto —le dije. —Mira a Joaquín. Tiene años trabajando para mí y todavía no puede cobrar su primera quincena.

Cuando ella se me quedó viendo muy seria, no pude evitar soltar otra risotada y decirle “es broma, es broma. Ábrelos”

Ella abrió la caja de la computadora como un niño en navidad. Se tardó muchísimo tiempo porque no quería maltratar la caja, así que iba de un lado a otro del empaque, buscando cómo abrirlo sin romper el cartón. Finalmente logró sacar la máquina mientras yo la miraba sin poder evitar sonreír. Cuando por fin la tuvo en las manos, pasó la mano por la superficie lisa de la cubierta, todavía sin abrirla y murmuró “qué bonita está”.

—Pero ábrela, mujer. ¡Préndela! No has visto ni el teclado. Esa es solo la cubierta.

Ella se me quedó viendo en silencio. Puso la computadora sobre la mesa y nos sentamos juntos frente a ella. De nuevo me echó los brazos al cuello en silencio y me dio un beso en la mejilla. Después puso su frente sobre la mía. Nos mirábamos a los ojos, con nuestras frentes y nuestras narices tocándose.

Yo podía oler su aliento y veía su sonrisa muy cerca de mis labios. Sentía sus manos acariciar la parte de atrás de mi cuello.

—Muchas gracias por mi computadora nueva, lobito —me dijo, mientras yo comenzaba a contemplar la posibilidad de besarla. Antes de poder hacerlo, ella continuó, sin separarse de mí —y mi teléfono nuevo, que todavía no veo, y la comida, y la ropa, y el departamento y todo. No puedes saber todo lo que has hecho por nosotras.

Se separó de mí antes de que yo me hubiera decidido a besarla y entonces abrió la laptop y pasó sus dedos por el teclado. Después me miró, sonriendo y me dijo “¿me enseñas a usarla?”

Nos pasamos varias horas configurando la computadora y el teléfono y conectándolos al WiFi del departamento. En algún momento doña María se despidió de nosotros y se fue a dormir a su cuarto, pero el ansia y la emoción de Xochitl por aprenderlo todo eran demasiado fuertes como para detener la sesión tan rápidamente. Hubiera sido como quitarle a un niño sus regalos en la mañana de navidad.

Los conocimientos de Xochitl no dejaban de asombrarme. En algunas ocasiones me sorprendía mostrándome que ya sabía hacer cosas bastante complicadas y al segundo siguiente me hacía una pregunta de algún concepto muy básico.

Finalmente a las tres de la mañana ya estaba todo instalado y configurado y yo ya estaba seguro de que Xochitl conocía las bases de Word, Excel, el correo electrónico y su teléfono. Yo aún estaría unos días más en la ciudad y tendría oportunidad de enseñarle algunas cosas más.

—Bueno —le dije finalmente, mientras la computadora ya se estaba apagando y ella la cerraba con mucho cuidado, —ya es tardísimo, ya me voy a la cama.

—¡Vámonos! —me dijo ella muy entusiasmada —Te quiero enseñar la pijama que me compré hoy.

Mientras yo caminaba lentamente al cuarto, ella pasó corriendo a mi lado y se encerró en el baño de la habitación. Todavía tuve tiempo de tenderme en la cama y ver unos minutos los correos de mi teléfono antes de que ella saliera, imitando, emocionada, el sonido que hacen las trompetas en una fanfarria “taaaaaa”.

—¿Qué tal? —me dijo, subiendo un brazo arriba de su cabeza y colocando la otra mano sobre su cintura. Me veía, sonriendo. Su pijama estaba compuesta

de un grueso pantalón de color azul claro y una playera negra, también de tela gruesa, con el cuello redondo. Aún con lo sencillo que era el vestuario, su alegría hacía que se viera resplandeciente.

—¡Está genial! —le dije con una gran sonrisa.

—Ya no tengo que dormir en jeans —me dijo, mientras bajaba la mirada, para mirarse a sí misma. Después recordó algo y se hincó para sacar un paquete de debajo de la cama —¡Mira! —me dijo —también te compré una a ti, porque me dijiste anoche que no tenías.

Yo nunca había dicho exactamente que no tuviera una pijama. De hecho, si ella algún día abría el cajón de hasta abajo en la cajonera de este mismo cuarto, yo estaba seguro de que podría encontrar al fondo una vieja pijama que no había usado en años. Pero bueno, la verdad es que ésta estaba más bonita. Era muy similar a la que ella estaba usando, pero era toda negra.

—Gracias —le dije, con el paquete en la mano, aun mirándolo.

—¡Pero póntela, lobo! —me dijo ella, muy seria, empujándome la mano que sostenía mi regalo hacia mi cuerpo. —O... ¿no te gustó?

—Sí, me encanta. Me la voy a poner —dije. Entré al baño y me puse la pijama. Iba a dejar mi ropa tirada en el suelo, como hacía siempre, pero todo se veía tan limpio y arreglado, que pensé que a Xochitl no le gustaría el desorden, así que tomé toda mi ropa y salí con ella en la mano.

—¡Qué guapo! —me dijo ella, con una gran sonrisa y los brazos abiertos, en cuanto me vio salir. Caminó hasta donde estaba yo y me abrazó, escondiendo su cabeza en mi pecho durante un momento. Yo no la abracé de regreso. Estaba un poco confundido porque esa repentina muestra de afecto me había provocado una erección y no quería que ella lo notara. Comenzaba a pensar que los abrazos de Xochitl siempre tenían ese efecto en mí. Por suerte, ella reparó en la ropa que yo llevaba en la mano y la tomó. —Me voy a llevar esto para lavarlo mañana —me dijo, mientras salía del cuarto.

—No hace falta, Xochitl —le dije, —todavía pensaba ponérmela mañana.

—¡No, lobo! ¿cómo crees? —me dijo, —ya nunca más tenemos necesidad de hacer eso. Aquí tenemos agua y una lavadora.

Nos quedamos un momento mirándonos a los ojos. Yo no sabía si decirle que yo siempre había tenido agua y lavadora o no y Xochitl parecía haberse dado cuenta de lo que había dicho, así que simplemente produjo una sonrisa forzada y salió con el paquete de ropa, mirando hacia el piso. Regresó un momento después, ya totalmente recuperada y se dejó caer sobre la cama de un

salto, sonriendo.

—Bueno, lobo... ¡a dormir! —me dijo y se acercó para darme un beso en la mejilla. Sin esperar respuesta se giró, apagó la luz y me deseó buenas noches. Yo me quedé un rato mirando el techo y algunos minutos después no pude evitar sonreír cuando me di cuenta de que ella también roncaba.

## Capítulo 3

Cuando desperté a la mañana siguiente y abrí los ojos, lo primero que vi fue el rostro de Xochitl, sonriendo. Me estaba mirando dormir. Le devolví la sonrisa y nos quedamos un minuto en silencio, viéndonos sin decir nada. Finalmente ella movió los labios sin hacer ruido y pude leer en su boca la palabra “roncas”, pero después soltó una gran carcajada, que se acentuó todavía más cuando me lancé sobre ella para hacerle cosquillas. Estuvimos ahí algunos segundos hasta que ella consiguió escapar de mi abrazo y se paró de la cama. Tomó una taza de café que tenía sobre la mesa de noche y se volvió a sentar sobre la cama para dármele.

—Toma, lobito. Tu café. Buenos días —me quedé sorprendido. Nunca nadie me había llevado el café a la cama. Iba a darle las gracias cuando ella habló otra vez, antes de salir casi corriendo a la cocina. —El desayuno ya está listo. Córrele para que no se te haga tarde.

Nunca desayunaba, pero si iba a hacerlo, hubiera tenido antojo de unos huevos estrellados, tocino, salchichas o jamón. Pero cuando me senté a la mesa, Xochitl me sirvió un plato de frutas. Me le quedé viendo un momento.

—Mmmm ¿no hay huevos? —pregunté.

—No, lobito. Hay fruta. Es más sano.

—¿Qué es esto? —pregunté, pinchándolo tentativamente con el tenedor.

—¿Cómo que qué es? ¡Es papaya! Y está buenísima. Cómela.

—¿Y esto...? — Pregunté. Ella se sentó a mi lado y comenzó a señalar.

—Tuna. Y esto es melón... un poco de sandía... piña... —tomó un pedazo de papaya con el tenedor y lo llevó a mi boca. Era un poco extraño. No sabía si sentirme como un bebé o algo así, pero abrí la boca y Xochitl me puso dentro el pedazo de fruta. Nunca me había gustado la papaya... pero ésta no sabía tan mal. Ella se puso de pie de nuevo y me habló mientras caminaba a la cocina —Apúrate, lobito, para que ya nos vayamos a la feria del libro.

“¿Nos vayamos?”

—¿Vas a venir conmigo? —Ella se interrumpió a la mitad del camino y se quedó mirándome.

—¡Claro! Hoy es el último día. A menos que no quieras —me dijo. Se veía adorable mirándose las uñas, con las manos apoyadas sobre el respaldo

de la silla.

—No, claro que quiero. Pero entonces tenemos que arreglarnos ya, porque Joaquín ya va a pasar por nosotros.

—¡Yo me baño primero! —dijo, mientras salía corriendo al baño.

Terminé de desayunar y mientras Xochitl se bañaba, preparé mi maleta. Aún venía la parte más difícil. No estaba seguro de si ella ya lo sabría o si lo habría intuido pero el caso es que como era el último día de la feria, yo tenía que regresar a Los Angeles que era en realidad donde pasaba la mayor parte de mis días en esos tiempos, tratando de interesar a alguna empresa en hacer una película o una serie con alguna de mis historias. Los tiempos en los que había algunos pocos canales de televisión habían ya quedado muy atrás y, al igual que había pasado con los libros una década atrás, empresas de contenido con millones de dólares de capital estaban bastante contentas de producir series completas independientes que pudieran proyectar en sus propios sitios web.

Desgraciadamente eso quería decir que también me tenía que separar de Xochitl.

Estaba sentado en la cama, aún en pijama, con la maleta frente a mí, cuando ella salió del baño. Llevaba una falda roja y una blusa blanca que hacía resaltar aún más su increíble piel morena. Empezaba a darme cuenta de que me encantaba verla con el cabello húmedo, suelto, después de bañarse. Un rostro de preocupación sustituyó su radiante sonrisa en cuanto vio la maleta a mis pies.

—¿Y eso? —me preguntó mientras aún se secaba el cabello con la toalla.

—Es mi maleta.

—¿Te vas de viaje? —me preguntó. Trataba de mantener una actitud casual, pero la voz le temblaba un poco. Me acerqué y tomándola de los hombros, la obligué a girarse para vernos a los ojos.

—Hoy es el último día de la feria así que desde antes de conocernos tenía ya planeado volver a Los Angeles que es a donde vivo. Pero tú y tu mamá van a seguir viviendo aquí y tú y yo vamos a seguir trabajando en tus libros, por el teléfono y por Internet.

—Ah —me dijo, mirando mi pecho.

—Y en unos meses estaré de regreso.

—¿¿EN UNOS MESES?? —me dijo, casi gritando, mirándome a los ojos. Podía ver su cara de angustia y entonces me di cuenta de que yo sí

representaba un lobo para Xochitl. Por eso me llamaba así. Yo era ahora su protector y mi presencia significaba para ella un techo y comida segura y el hecho de que me fuera, le hacía dudar de toda su nueva vida, aunque fuera de manera inconsciente, apenas a unos cuantos días de haberla iniciado. En este momento me estaba odiando a mí mismo por el torbellino de emociones que estaba ocasionando en esta chica. Iba a decirle un montón de cosas, pero me di cuenta que éste no era un momento en el que ella pudiera razonar, así que simplemente la tomé en mis brazos y le di un abrazo muy, muy apretado. Nos quedamos ahí un buen rato, mientras yo la sentía temblar, con su cabeza escondida en mi pecho. Sabía que ella estaba tratando de no llorar. Le di un beso en la coronilla y después me puse a acariciar su cabello un rato y nos quedamos así diez minutos. En algún momento doña María se asomó por la puerta, pero cuando nos vio abrazados, se retiró en silencio, cerrando silenciosamente la puerta tras ella.

Finalmente se separó de mi pecho y alzó la cabeza y se limpió los ojos.

—No me hagas caso. A veces me porto tonta.

—No creo que te portes tonta nunca y no creo que lo estés siendo ahora. Ven. —Nos sentamos en la cama, uno al lado del otro y yo le tomé la mano que tenía sobre su pierna. —Xochitl, me voy por un tiempo pero no va a pasar nada.

—Ya sé —me dijo bajando la mirada.

—El departamento es mío, así que ni siquiera hay que preocuparse de pagar la renta a tiempo. Nadie las va a sacar de aquí. Joaquín te va a pasar todo el dinero que necesites. Él vive en esta ciudad y tiene instrucciones de cuidarte. Lo que me recuerda que te tiene que llevar a sacar una cuenta de banco. Y hacerles una cita en el dentista. No te va a faltar nada.

—Me vas a faltar tú —me dijo, mirándome a los ojos. Su mirada inocente me mataba de ternura. Nunca pensé que hubiera podido crear lazos tan profundos con alguien en tan solo unos cuantos días. Pero yo tenía trabajo que hacer y tenía que regresar a Los Ángeles.

—Y tú me vas a faltar a mí, mi hadita— le dije y tomando su cabeza en mis manos, le di un beso en la frente.

—¿Hadita? —dijo riendo —Eso es nuevo. ¿Quién te dijo que me podías poner nombres?

—La misma persona que te dijo a ti que tú podías decirme “lobo”.

Mi mano aún estaba en la suya y ella la apretó ahora muy fuerte mientras

me miraba a los ojos.

—Porque tú eres un lobo que me cuida. Eres MI lobo —me dijo y se estiró para abrazarme. —Prométeme que vas a volver —me dijo, con su cabeza escondida en mis hombros.

—Por supuesto que voy a volver —traté de separarla de mí, para mirarla a los ojos, pero no pude. Sus brazos estaban aferrados a mi cuello y no me quería soltar.

—Ya sé que vas a volver. Pero quiero que me lo prometas. Es diferente. No lo entenderías —me dijo. Finalmente le veía la cara y tenía una sonrisa triste.

—Xochitl, te prometo que voy a volver, ¿ok? Te lo prometo, hadita —ella volvió a soltar una carcajada.

—No estoy seguro de que me pueda acostumbrar a que me digas así.

—Tendrás que acostumbrarte. O tendrás que dejar de decirme “lobo”.

Ella asintió un momento en silencio, tragando saliva y después dijo “ok”. Me acompañó a la feria y estuvo ayudándome en todo lo que podía. Cargaba libros y los llevaba a uno u otro lado. Cobró algunos en la caja y también organizaba la fila de las personas que querían que les firmara un ejemplar. Parecía incansable y todo el tiempo estaba buscando qué hacer, hasta que le pedí que se sentara a mi lado mientras yo firmaba las obras.

Llegaron un par de hermanitos que habían leído uno de mis cuentos infantiles. Tanto el chico como su hermanita traían sus libros bajo el brazo y venían junto con su mamá.

Cuando por fin estuvieron frente a mí, pusieron sus copias sobre la mesa, que les llegaba a la altura de los ojos. Yo veía esos cuatro ojitos, muy grandes, que me veían de regreso sin decir nada.

—¿Quieren que Manuel les firme sus libros? —les preguntó Xochitl, muy dulcemente. Ambos asintieron con la cabeza y me apuntaron con el dedo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté al chico, pero no me contestó.

—Se llama Sebastián —dijo su mamá y yo le firmé el libro. Con la niña tuvimos que hacer lo mismo, porque tampoco hablaba. Cuando ya tenían sus volúmenes firmados, nos seguían mirando sin hablar y nosotros, sentados a la mesa les sonreíamos.

—¿Eres su novia? —le preguntó la chiquilla a Xochitl y ella soltó una carcajada.

—No —dijo simplemente.

—¿Entonces eres su esposa? —insistió la niña.

—Tampoco. No, todavía —le dije yo. Xochitl soltó una carcajada al mismo tiempo que intentaba articular una expresión de sorpresa, con los ojos muy abiertos y me golpeó el brazo diciendo “¡Oye!”

—¿Entonces...? —preguntó la chiquilla, curiosa. La madre, ya un poco apenada, intentaba llevársela, pero ninguno de los dos parecían tener prisa en irse.

—Xochitl es mi colega —les expliqué. —Eso quiere decir que ella también escribe cuentos y el próximo año, cuando vengan, podrán ver su primer libro aquí mismo, y si quieren podrán comprarlo.

—Qué padre —dijo el niño. Finalmente la mamá logró llevarse a los chiquillos y yo me dediqué a firmar el resto de las novelas que me iban presentando mientras Xochitl, con un codo apoyado en la mesa y su cabeza sobre su mano, me miraba firmarlas.

Al final del día recogimos todo el material y lo empacamos en la camioneta. Joaquín se encargaría de llevarlo todo al almacén, hasta la próxima feria. Él también sería el que me llevaría al aeropuerto. Cuando todo estuvo empacado, me giré para despedirme de Xochitl, pero ella ya estaba dentro de la camioneta, también. Yo todavía tenía la boca abierta, cuando ella me hizo un gesto con la mano para que subiera.

—Vámonos, lobo —me dijo. —Apúrate para no llegar tarde.

Me di cuenta de que ella me acompañaría tan lejos como pudiera. Así que cuando llegamos al aeropuerto, nos bajamos los tres: Joaquín, Xochitl y yo. Ella me acompañó hasta donde ya no la dejaban entrar más. Entonces me giré para decirle adiós y ella me abrazó y se pegó a mi cuerpo. Yo separé un momento mi mano de la maleta para abrazarla también. Después de un momento, intenté separarme, pero ella no me dejó: era claro que los abrazos que Xochitl daba, duraban hasta que ella estuviera lista para soltarme.

—Regresa lo más pronto que puedas ¿sí? —me susurró al oído. Después se separó de mí y se llevó las manos al cuello. Se quitó un pequeño escapulario que llevaba colgado al cuello con un cordel negro y sin preguntarme nada, me lo puso. —Esta virgen te va a cuidar por mí, hasta que estés de nuevo conmigo. Entonces me la devolverás.

Xochitl estaba sonriendo, pero de nuevo tenía los ojos mojados. Sus manos estaban apoyadas sobre mi pecho y su rostro estaba muy cerca del mío y yo estaba a punto de besarla. Pero entonces se separó un poco y se rompió el

momento.

—Joaquín me va a llevar de regreso a la casa — me dijo.

—Perfecto —dije. Después, girándome hacia mi chofer, le dije —cuídala mucho, ¿ok?

—Seguro que sí, jefe —me respondió él.

—¿Mañana por la noche platicamos por teléfono, hada? —le pregunté.

—Claro —me dijo, poniendo un momento los ojos en blanco. La noche anterior le había enseñado a usar varias apps en su teléfono con las que nos podríamos conectar para hablar y para revisar cómo iba su trabajo.

—Bueno —le dije, tratando de sonreír, —trata de avanzar en tu novela.

—¡Claro! Ya verás —me respondió sonriendo.

Me costó mucho trabajo separarme de ella y de nuevo me sorprendió la intensidad de mis sentimientos, sobre todo tomando en cuenta que sólo tenía tres días de conocerla.

Caminé hasta la sala de espera de mi vuelo sin voltear hacia atrás.

Al día siguiente estuve hablando un poco con Xochitl por el teléfono. Se veía muy guapa con su pijama nueva y ya se veía un poco menos triste. Comenzamos hablando del avance de sus escritos y terminamos comentando los eventos del día. Mientras lo hacíamos, ella tomó una gran concha de chocolate y una taza de té. Le pregunté qué té era y ella me dijo que era alguna cosa medicinal. Algunas hierbas especiales que su mamá le daba. Me encantaba oír su risa a través de la cámara y ver esa gran sonrisa. Estuvimos dos horas platicando y el único momento en el que dejó de sonreír fue cuando me preguntó cuándo regresaría y yo le dije que aún no lo sabía.

Esas pláticas nocturnas se hicieron un hábito y se convirtieron en la mejor parte de todos mis días. No siempre duraban dos horas. En la mayoría de las ocasiones eran de una hora más o menos, pero en ellas, Xochitl siempre encontraba la manera de hacerme reír.

Mientras, yo seguía intentando colocar los derechos de mi trilogía de ciencia ficción con alguna casa productora que estuviera interesada en convertirla en una serie o una película de ciencia ficción.

Los ingresos de un escritor, aun cuando es muy popular, suelen ser limitados, y yo estaba lejos de ser universalmente popular. Era medianamente conocido en Hispanoamérica entre un nicho de lectores muy particular, pero nada más.

Yo había trabajado y ahorrado dinero toda mi vida, pero en esta aventura

me lo estaba acabando todo. En un mes se me acabaría todo el dinero que había reservado para esta locura y tendría que volver a mi departamento en México y buscar alguna manera de generar más dinero. Por un lado, el estar nuevamente viviendo con Xochitl me hacía mucha ilusión, pero los prospectos de haber fracasado en producir una mayor exposición para mis novelas me ponía triste.

Siempre que lo comentaba con Xochitl, ella me llenaba de optimismo y me decía que muy pronto encontraría a alguien interesado; que ella ya había leído el segundo libro de la trilogía y que le había parecido tan bueno o más que el primero y que estaba segura de que el tercero también sería genial.

Sin embargo, al inicio del segundo mes, empecé a preparar todo para volver a la Ciudad de México. Le avisé al casero del departamento en Los Ángeles que era muy probable que a fin de mes le devolvería el departamento que rentaba y comencé a deshacerme poco a poco de las cosas que no podría llevar de regreso conmigo. No tenía muchas cosas en Los Ángeles, pero sí los enseres de casa necesarios para vivir. Todos esos se tendrían que quedar en Estados Unidos cuando regresara. Ya en México tenía muebles, ollas, vajillas, cubiertos y todo lo demás.

En una de esas últimas mañanas en California, recibí un correo de Xochitl, titulado “¡SORPRESA!”

Cuando abrí el archivo que venía adjunto al correo me di cuenta de que ya había terminado su primer libro y me lo había enviado la noche anterior por correo, después de la media noche.

El título del libro era “*El perfume de una era pasada*”. Era un relato de ciencia ficción que hablaba de la historia de amor de dos viajeros en el tiempo. El libro comenzaba en la Atlántida y terminaba en Roma, después de pasar por Creta, Mesopotamia y Teotihuacán.

No había esperado que lo terminara tan rápido.

El relato tenía el principio que ya había leído en la feria del libro hacía varias semanas, pero ahora estaba completo y era de alrededor de 200 páginas.

Empecé a leer desde dónde me había quedado la última vez, y a pesar que tenía muchísimas cosas que hacer ese día, ya no me pude despegar del relato hasta que lo terminé. Estaba excelente. Me sentía sorprendido y un poquito celoso de que Xochitl pudiera escribir así de bien, cuando yo había pasado años y años tomando cursos de literatura y de escritura creativa.

¿Cómo y cuándo había podido realizar la investigación para hablar de todos esos lugares?

En sus textos podía verse mi estilo. Era claro que había pasado horas estudiando mi libro y si no me conociera mejor a mí mismo, este relato podría casi pasar como la versión perfecta de una de mis historias, aunque yo nunca había escrito nada romántico. Por lo menos, el pensar eso me daba consuelo y me hacía sentir un poquito de orgullo.

Para la noche que hablé con Xochitl, yo ya me había pasado el día dando el formato adecuado a su trabajo y lo tenía casi listo para publicarlo electrónicamente y venderlo; lo único que nos faltaba era una portada.

Pasé varias noches con ella revisando diferentes imágenes que podríamos usar para la portada de su libro, pero ella parecía tener muy clara la idea de lo que quería y al final, tuvimos que comisionar una imagen totalmente nueva que me costó alrededor de 500 dólares, pero se veía genial en el libro.

Una semana después, en cuanto el diseñador nos entregó la portada, publicamos el libro en formato electrónico y al mismo tiempo iniciamos una campaña en redes sociales promocionándolo y también promocionándola a ella como un nuevo rostro dentro de la ciencia ficción hispanoamericana.

—¿De verdad crees que se venda alguno? —me preguntó aquella noche, cuando de nuevo terminamos alrededor de las tres de la mañana. — En realidad, creo que es una historia bastante malita.

Yo había descuidado mucho la promoción de mi propio material y la inminente mudanza, porque había estado totalmente concentrado en el lanzamiento del primer libro de esta chica que me encantaba. Pero no estaba arrepentido. Estaba convencido de que la historia era original y de que se vendería rápidamente.

—¡Claro que no es mala! —le dije, sorprendido —Se va a vender muy bien. ¡Ya lo verás!

—Además de todo el dinero que gastamos en la portada, nos hemos gastado un dineral en la promoción en las redes sociales. Nunca voy a poder pagarte todo lo que te debo —me dijo ella. Reía, pero se veía preocupada.

—No te preocupes por lo que me debes —le dije. —Además, vas a poder pagarme inmediatamente. Ya verás que el libro se va a vender muy bien.

Nos fuimos a dormir agotados.

A la mañana siguiente, como era mi costumbre, entré a revisar las ventas de los libros. Tenía curiosidad de saber si, con la campaña publicitaria que

habíamos lanzado la noche anterior, habríamos conseguido vender alguna copia o dos del relato nuevo de Xochitl. Me sorprendí agradablemente cuando noté que ya se habían vendido cinco ejemplares. No era, para nada, un mal inicio.

Las últimas dos semanas que me quedaban en Los Ángeles me dediqué a terminar los detalles de mi mudanza, con sentimientos encontrados. Por un lado, me sentía triste por tener que acabar, por lo menos por el momento, la aventura de la serie de televisión. Pero por otro lado, cada vez que hablaba con Xochitl y la veía tan contenta de verme muy pronto, yo también sentía una gran dicha.

En esas dos semanas, el material de Xochitl se siguió vendiendo cada vez más y empezó a tener reseñas positivas, lo cual, para un título y un autor nuevos, es una situación casi increíble de lograr. Pero la novela era muy buena y la campaña que le habíamos organizado también era excelente.

Las pocas cosas que tenía aún en California, las envié un par de días antes a la Ciudad de México con una empresa de mudanzas.

Finalmente un sábado por la mañana tomé el avión que me llevaría de regreso a la ciudad.

Recuerdo haber sentido un gran sentimiento de nostalgia y de fracaso desde que pude ver la ciudad desde la ventana del avión y esa emoción me acompañó mientras recogía mi equipaje y pasaba por migración, pero se terminó en cuanto salí por la puerta de la terminal y me encontré con un rostro moreno que me sonreía, y antes de que pudiera reaccionar, tenía a Xochitl abrazándome, colgada de mi cuello.

—¡Bienvenido, lobito! —me dijo, y después me colocó un gran beso en la mejilla, con ambas manos enmarcando mi rostro. Y entonces pude ver que en una de sus manos cargaba un ramo de rosas. —Toma —me dijo, dándome las rosas, mientras se encogía de hombros. —En realidad no sabía qué darte de bienvenida y una rosas no me parecieron mal, aunque es la primera vez que le regalo flores a un hombre. O a alguien.

—¡Hada! Pues yo es la primera vez que recibo rosas, pero te confesaré que me encantan —le respondí, aún con mis manos rodeando su cintura. Ella me seguía abrazando y me volvió a colocar un beso en la mejilla. Tenía una gran sonrisa y las pupilas de los ojos dilatadas y brillantes, pero todo su rostro ardía en un intenso color rojo. Conforme los otros pasajeros que iban saliendo nos empujaban y murmuraban quejas en voz baja acerca de que nosotros les

estábamos estorbando el paso, Xochitl y yo nos separamos de ese abrazo delicioso, que yo sentía que había durado muy poco y una eternidad al mismo tiempo.

—Joaquín nos está esperando en la camioneta —me dijo mientras se separaba de mí y comenzábamos a caminar hacia el estacionamiento del aeropuerto. Yo llevaba las rosas en la misma mano con la que empujaba la maleta, porque, sin decir palabra, ella había insistido en caminar tomados de la mano. Y yo solo tenía dos manos. —¿Ya comiste?

—Pues comí solo los pretzels esos mugrosos que te dan en el avión.

—¡Perfecto! —me dijo, con esa sonrisa de oreja a oreja.

—¿Cómo puede ser eso perfecto? —pregunté, un poco indignado. Me moría de hambre.

—Pues porque yo preparé varias cosas que te gustan y te están esperando en la casa: pozole, chilaquiles y mole verde.

—¡Wow! —dije yo, ahora sí totalmente de acuerdo. —¡Perfecto!

—Espera —me dijo un momento después, deteniéndose en un pasillo del aeropuerto, antes de llegar al estacionamiento. Se puso frente a mí y parándose de puntitas, buscó con sus manos dentro de mi playera, en mi cuello, hasta que encontró su escapulario. Entonces lo sacó mientras se le dibujaba en el rostro esa gran sonrisa. —Muchas gracias por cuidármelo, virgencita —le dijo.

—¿Quieres que te lo regrese? —le pregunté.

—No —respondió y lo volvió a poner dentro de mi camisa. —Quiero que lo uses siempre, y que en las mañanas, cuando lo descubras de nuevo y lo toques, te acuerdes de mí.

Joaquín nos llevó a mi departamento pero no se quiso quedar a comer con nosotros. Dijo que tenía que volver con su familia.

En cuanto entré por el departamento, doña María me saludó con un abrazo y después tomó las rosas para colocarlas en agua. Al principio pensó que las flores se las había dado yo a su hija, y soltó una pequeña risa cuando Xochitl le contó que había sido al revés. En cuanto doña María se fue a la cocina a poner las flores en agua, Xochitl me dio un nuevo abrazo, escondiendo su cara en mi pecho.

Después se separó y tomó mi maleta.

—Voy a llevar tus cosas al cuarto —me dijo.

—Aun no hemos comprado una cama individual para el estudio, ¿verdad? —le pregunté, recordando repentinamente que tendríamos que dormir en la

misma cama.

—Tú sabes que todavía no, lobito —me dijo, girándose un momento para mirarme muy seria a los ojos. —¿Te molesta dormir conmigo? ¿Prefieres que duerma en el sofá?

—No, no, no —le dije —¿cómo crees?

—Bueno, pues tú no vas a dormir en el sofá en tu propia casa, así que estamos hechos. Vas a tener que dormir conmigo otra vez —me dijo, mientras se llevaba mi maleta a la alcoba.

En cuanto ambas se fueron, tuve la oportunidad de mirar por primera vez el departamento y descubrí que en estas pocas semanas en las que no había estado, mis dos inquilinas habían hecho varias mejoras: habían pintado todas las paredes de blanco, con algunos detalles en azul. Aquí y allá se podían ver pintados en color azul varios animales en un estilo que parecía ser prehispánico. Pude ver jaguares, lobos, coyotes, tortugas, peces y también la luna y algunas estrellas. De repente me sentía transportado a un pueblo en algún lugar de Oaxaca o de Yucatán.

En una de las repisas de la sala encontré los libros que le había regalado a Xochitl cuando nos conocimos, junto con su primer tomo hecho de fotocopias. Estaban recargados contra la pared y una piedra de río hacía de sostenedor de libros del otro lado. Tomé el segundo tomo de mi trilogía y lo abrí. Me encantó encontrarlo subrayado y con algunas anotaciones con letra muy pequeña pero muy limpia, en los bordes y en las partes de arriba y de abajo de cada página. Y en algunas de esas anotaciones venía mi nombre. Bueno, más bien, decía “lobito” pero yo ya comenzaba a pensar que ese era mi nombre. Volví a colocar el libro con cuidado en la repisa y tal y como ella lo había hecho alguna vez, pasé mi mano sobre el lomo, acariciándolo y sonriendo. Estaba pensando en ella.

Cuando me asomé a la cocina pude ver varias ollas y platos de barro; cucharas y cucharones de madera; un comal, un molcajete y un gran platón lleno de aguacates. Y pude ver a doña Maria, que en ese momento estaba haciendo tortillas a mano.

—Toma una tortilla pa'l hambre, mijo. Has de venir muerto de hambre —me dijo cuando me acerqué tímidamente. Tomó una que aún estaba en el comal, le puso un poco de sal y me la pasó. Yo me la estaba comiendo cuando llegó Xochitl.

—Ay, mamá —le dijo, —le vas a echar a perder el apetito y yo llevo todo

el día cocinándole.

—Con mi ayuda —aclaró la viejecita, sonriendo, provocando una nueva pequeña ola de indignación en su hija, que sonriendo, puso los ojos en blanco y después fue a poner la mesa.

Puso un mantel blanco hecho a mano que nunca había visto y puso también platos de barro.

—¡A comer! —me dijo y me indicó que me sentara.

Nos sentamos a comer el pozole, que en realidad, es una comida completa y no necesita de nada más. Yo pedí que me sirvieran poquito, porque sabía que después tendría que comer chilaquiles y mole verde. Xochitl no me perdonaría si no lo hacía. Finalmente terminamos con un postre de ate con queso y un café de olla que había preparado doña Maria.

—¿Y cuál es el plan ahora, lobito? —me dijo Xochitl, de pie, junto a mí, mientras me servía una taza de café de olla. Yo tomé esa taza de barro hecha a mano y la acuné entre mis manos. Se sentía agradablemente caliente, pero se sentía también como algo más... profundo. Se sentía como estar en casa.

—Pues no lo sé, hada —le dije un poco desolado.

—No te creo. Tú siempre tienes un plan. ¿Qué sigue ahora? ¿qué vamos a hacer?

—Pues... supongo que habrá que ser un poco parcós con los gastos por un tiempo —le dije. —Por lo menos, en lo que escribo un nuevo libro o en lo que consigo vender los derechos de alguno de las novelas para una película o una serie de televisión. Si nada de eso funciona, pues tendré que ponerme a dar clases. Desgraciadamente, creo que gasté de más en la aventura de Los Ángeles. Quizás me sobreestimé.

—¡Ánimo, mi lobo! —me dijo. Aun de pie, se puso atrás de mí, pasó sus manos por mis hombros y las unió en mi pecho. Ese abrazo, con ella atrás, y arriba de mí, se sentía delicioso. Se inclinó y puso su rostro junto al mío, pero se volvió a erguir cuando vio la mirada seria de su mamá. Aun así me seguía abrazando —Seguro que saldremos adelante. No creo que te hayas sobreestimado. Si esas personas no quisieron hacer una película con tus historias, es porque no las entendieron. Ya vendrán otros que sí las entiendan y harás mucho dinero. Ya lo verás. Mientras, si andamos un poco apretados, yo puedo tomar un puesto de cajera en el supermercado que está a dos cuadras de aquí.

—No, hada, no me gustaría que trabajaras en un supermercado. Me gustaría que te concentraras en escribir tus libros —le dije.

—No pasa nada. Puedo seguir escribiendo por las noches. De hecho, ya apliqué en el super y mañana voy a ver si me aceptaron. No es como si no hubiera trabajado nunca, lobo. Y créeme que he hecho cosas mucho más intensas que doblar playeras en una tienda.

Doña Maria se disculpó y se fue a su cuarto a dormir. Xochitl y yo nos quedamos platicando aún más de qué íbamos a hacer y cómo lo íbamos a hacer. Desgraciadamente, parte del plan era que tendríamos que dejar ir a Joaquín, mi chofer, por lo menos por el momento. Me dolía tener que liquidarlo, pero era mejor soltarlo ahora y dejarlo buscar un trabajo nuevo, que retenerlo sin pagarle un sueldo que por el momento no podíamos solventar. Ambos estábamos seguros de que Joaquín entendería, y que también le sería fácil encontrar algún otro trabajo por el momento. Yo estaba dispuesto a darle las recomendaciones que necesitara y después de que él me aseguró por teléfono que todo estaría bien, me sentí más tranquilo. Incluso se ofreció a prestarme dinero de sus ahorros, pero le dije que por el momento nada de eso era necesario.

Me llamaba la atención la naturalidad con la que Xochitl asumía mis problemas como propios y aunque nunca había estado casado, me parecía que así sería un matrimonio. De hecho, viéndonos sentados en la sala del departamento, hablando del dinero y de cómo resolver los problemas, por momentos me parecía que sí fuéramos una pareja, y la idea no me desagradaba, porque esta chica comenzaba a gustarme... mucho. ¿O sería que me había gustado desde el principio? Y yo... ¿le gustaría a ella? ¿o estaría solo conmigo solo por la gratitud que sentía por haberlas protegido? Todo eso me preguntaba y a veces ni siquiera escuchaba las ideas que me explicaba, porque estaba perdido en todos esos pensamientos.

De pronto, ella se interrumpió y me miró sonriendo.

—Ya no me estás escuchando, lobito. Se me hace que estás muy cansado. Y es que tuviste un día muy largo con el viaje y todo. Mejor vámonos a dormir.

Esa invitación me volvía a provocar mil pensamientos y sentimientos. ¿Íbamos a dormir en la misma cama otra vez? Y si así iba a ser ¿cómo podía avanzar nuestra relación y hacerle el amor? Y ¿realmente quería hacerle el amor? ¿me estaba enamorando de ella o solamente tenía un calentón? Y ¿sería conveniente enamorarme de ella?

—Lobo, lobo —oí que Xochitl me llamaba. —Baja de tu nube. Ni siquiera me estás oyendo.

—Perdón, hada. ¿Qué decías?

—Vámonos a dormir. Solo tenemos una cama en la recámara, y así como estamos, ahorrando dinero, pasará un tiempo antes de que tengamos otra para el estudio. Quizás deberíamos rentar el estudio a algún estudiante para ganar un poco más de dinero.

—Todavía no estamos tan apretados —le dije —y la verdad, prefiero conservar nuestra privacidad.

—No te importó tanto tu privacidad para recibirnos a mi mamá y a mí —me dijo, sonriendo.

—Bueno, es que yo no iba a estar aquí todo el tiempo y además...

—No sigas, lobo —me dijo, alzando la mano —prefiero pensar que lo hiciste porque somos especiales para ti.

—Lo son. Sobre todo tú —le dije. ¿Qué estaba haciendo? ¿qué estaba diciendo? ¿estaba coqueteando con Xochitl? ¿estaba ella coqueteando conmigo? La mitad de los hombres que conocía ya hubieran hecho su movida. ¿Por qué yo tenía que ser tan estúpido? Mis pensamientos se interrumpieron cuando ella se puso de pie y me extendió la mano.

—Vámonos a dormir, lobo —me dijo.

Nos fuimos tomados de la mano al cuarto, mientras yo me iba haciendo una y mil preguntas.

## Capítulo 4

Me hubiera encantado levantarme tarde al día siguiente. Estaba un poco deprimido. Pero me despertó el ruido y la luz que venían del baño. Cuando finalmente abrí los ojos, pude ver salir a Xochitl, cepillándose los dientes. Ya estaba vestida y arreglada. Llevaba sus viejos jeans y una sencilla camiseta blanca. Eran las siete de la mañana. Se enjuagó la boca y después me habló desde el lavabo del baño.

—Buenos días, dormilón. Ya está tu desayuno en la mesa. Yo ya me voy a trabajar.

—¿Desayuno?

—Fruta y yogurt.

—¿Te vas a trabajar?

—Sí. Te dije ayer, lobito.

—Me dijiste que ibas a ver si te habían dado el trabajo.

—¡Ay, lobo! Pues estoy segura de que me lo dieron. ¿Por qué no me lo darían? Me voy a trabajar y regreso en la tarde, ¿ok?

—Hada, no tienes que trabajar en el supermercado. Sí es cierto que tenemos que cuidar los gastos, pero todavía tenemos ahorrado para varios meses y estoy seguro de que con los libros que ya tenemos y los que vamos a publicar vamos a salir adelante.

—Bueno, pero no va a pasar nada si gano unos pesitos más, ¿no? —me dijo.

—Preferiría que te concentrarás en escribir —le confesé.

Xochitl se sentó un momento en la cama junto a mí y se inclinó para darme un beso en la mejilla, sonriendo.

—En la noche, después de cenar, me concentro en escribir.

—Vas a estar muy cansada, hada.

—Claro que no. Si me siento a trabajar a las 8, todavía puedo trabajar 4 horas. ¡Adiós! —me dijo, y salió.

Con un poco de trabajo me levanté y me bañé también. Después fui al comedor, donde doña María no me dejó tranquilo hasta que me comí la fruta, el yogurt y el café que Xochitl me había preparado temprano por la mañana. Mientras desayunaba, prendí la computadora y entré a la cuenta de Internet

para ver cómo iban las ventas de los libros este mes.

Me sorprendió agradablemente ver que el título de Xochitl iba vendiendo bastantes copias. Mucha gente lo estaba leyendo y además estaba produciendo muy buenas reseñas. ¡Si la tendencia seguía así, su primer relato podría producir todo el dinero que necesitábamos para vivir!

Las cifras me emocionaron bastante.

Decidí ir a buscarla al supermercado para decirle que renunciara a ese estúpido trabajo y se concentrara mejor en escribir el segundo tomo de la serie. Sería ideal poder publicarlo el próximo mes para no perder la inercia.

La tienda estaba a dos cuadras, así que en cinco minutos ya estaba ahí, buscándola. Me había dicho que había aplicado como cajera, pero no la vi en ninguna de las cajas. ¿Estaría en algún otro departamento? Me dediqué a buscarla por toda el lugar, pero no la encontré. ¿Dónde estaría? ¿La habrían puesto a trabajar en el almacén? ¿Cargando cajas? La idea no me gustó para nada. ¡Sobre todo porque no necesitábamos que estuviera haciendo eso! ¡Teníamos suficientes fondos para funcionar bien durante los próximos meses sin problemas!

Cuando vi que una señorita iba saliendo por una puerta que decía “solamente empleados” decidí entrar a buscar a mi chica. ¿Había dicho “mi chica”? ¿Qué pensaría Xochitl de esa expresión?

—¡Oye! —me dijo la chica —No puedes entrar ahí. Es solo para empleados.

—Es una emergencia —murmuré, mientras me escabullía dentro. Ella me siguió y comenzó a llamar a gritos a Seguridad.

Mientras aquella mujer me seguía por los pasillos, llamando a gritos a Seguridad, yo seguía buscando a Xochitl, pero no la veía por ningún lugar. Los empleados que estaban ahí, detuvieron su trabajo y se me plantaron enfrente, sin dejarme pasar más adelante.

—Con permiso —dije —estoy buscando a una chica que comenzó a trabajar aquí hoy. Es una emergencia.

Traté de colarme entre dos fornidos tipos que me miraban muy serios, pero ninguno de los dos se hizo a un lado y acabé chocando con ellos.

—Aquí no hay nadie nuevo —me dijo uno de ellos, un calvo con mala cara y con brazos más gruesos y más velludos que mis piernas. —La persona que buscas no está aquí.

—Es una niña muy morenita, de cabello largo negro —le dije. —Hoy es su

primer día.

—No hay nadie así aquí. Ya te lo dije —me dijo nuevamente y en esta ocasión me empujó tan fuerte que me tiró al piso. —SI no te vas ahora, te voy a sacar a patadas. No necesito que venga Seguridad para echarte a la calle.

—Ok, ok —dije poniéndome de pie y limpiándome el polvo de la ropa. —¿Estás seguro que no hay nadie nuevo aquí? —le pregunté nuevamente, pero él no me contestó. Simplemente comenzó a caminar hacia mí y entonces yo susurré como pude un “gracias” y me fui de ahí, antes de que me golpeará. Salí de la tienda, con aquella insoportable tipa todavía siguiéndome y que no me dejó en paz hasta que me vio fuera del supermercado. Murmuró algún insulto que rimaba con “pendejo” y después regresó dentro de la tienda.

Yo me senté, desolado, en la acera afuera del supermercado.

¿Dónde estaría Xochitl?

Tenía muchas ganas de encontrarla para platicarle del éxito de su libro y mostrarle con algunas cuentas que no necesitaba estar en el supermercado, pero no la había encontrado ahí. ¿Me estaría mintiendo?

¡En ese momento recordé que le había regalado un teléfono y que podía llamarle! Estuve marcándole un rato, pero no contestaba. Para estas alturas yo ya estaba bastante harto, entre enojado y preocupado por no encontrarla, y mientras marcaba mi teléfono había estado vagando por las calles aledañas al departamento y al supermercado, simplemente caminando sin rumbo mientras intentaba localizarla.

Entonces la vi.

Estaba en la esquina, a media calle, limpiando con una esponja y un pedazo de hule los vidrios de un automóvil detenido en la luz roja, como muchos otros limpia-vidrios de la Ciudad de México. Con una botella echaba agua con jabón en el cristal y luego la limpiaba con un trozo de hule. Al terminar extendió la mano para recibir alguna propina, pero el tipo del auto, como hacemos la mayoría de los conductores, ni siquiera bajó su cristal y en cuanto el semáforo cambió a la luz verde, salió disparado de ahí, quizás agradecido de no haberle dado ningún dinero a Xochitl y también de no haber sido asaltado por ella.

Ella no se achicó. Ni siquiera pareció notar el desprecio del automovilista. Se colgó la botella de agua con jabón junto a uno de los bolsillos de su pantalón y sonriendo, regresó a la acera para esperar la siguiente luz roja, y mientras lo hacía, iba platicando con otra chica que vendía

chicles en el semáforo.

Incrédulo, me acerqué a donde estaba y logré alcanzarla antes de la siguiente luz roja.

—Xochitl —le llamé en voz alta. Ella se giró, sorprendida y entonces sí se vio un poco avergonzada.

—Lobo, ¿qué haces aquí? —me preguntó.

—¿Qué haces TÚ aquí? —le pregunté. —Pensé que estarías en el supermercado.

—Pues —me dijo, poniendo su mano derecha sobre su codo izquierdo y mirando al piso, —no me dieron el trabajo. Porque no tenía documentos.

—¿Documentos?

—Ya sabes, el acta de nacimiento, el certificado de secundaria. Esas cosas.

—Pero —le dije, acercándome más a ella —¿Por qué no regresaste a la casa?

Antes de que pudiera contestarme, un tipo de mala facha se interpuso entre los dos, y sin quitarme los ojos de encima, le preguntó “¿este tipo te está molestando, amiga?”. Se veía bastante amenazador y yo no tenía ganas de un nuevo empujón. Ya me habían dado uno bastante fuerte ese día. Pero tampoco era cosa de achicarse.

—No, no, toro. —dijo ella. — Este es mi novio. El que te conté.

—Ah —dijo el tipo al que Xochitl había llamado el toro, que seguía sin quitarme los ojos de encima. —Si éste es el fulano, está bien... por ahora, —después se dirigió explícitamente a mí, —más te vale que la trates bien. Si no, ya te las estarás arreglando conmigo.

El toro se fue a platicar con sus amigos y después de un momento, cuando el semáforo se puso en rojo, volvió al trabajo, junto con su banda. Al igual que Xochitl, él también limpiaba los vidrios de los automóviles, aun cuando los conductores le señalaran enfáticamente con el dedo “no”. Todas las personas que estaban aquí trabajaban tercamente, con la esperanza de ganarse alguna propina.

—¿Le dijiste que yo era tu novio? —le pregunté en voz baja. Estaba entre halagado y sorprendido. Ella miraba al piso, al cielo y a los lados, pero no me encontraba la mirada.

—El toro vive también abajo del puente. Le tuve que explicar así las cosas, porque no hubiera podido entender que un desconocido me llevara a su

casa... sin ningún motivo aparente. Tuve que convencerlo de que no querías abusar de mí. En su mundo no existen personas así.

—Vivimos... en el mismo mundo —murmuré, un poco decepcionado. Me hubiera gustado que me hubiera dicho que había explicado así nuestra situación porque yo le gustaba... no porque era más fácil de explicar una de mis locuras.

—No, lobo. Realmente no viven en el mismo mundo. Tú no sabes lo que es vivir aquí —me dijo ella, ahora sí, mirándome a los ojos. —El toro me ha cuidado desde hace mucho tiempo. Desde que alguien que ahora está en la cárcel... abusó de mí. Si no hubiera sido por él, quizás yo no estaría viva hoy.

Me sentí avergonzado, pero después me sentí un poco enojado. Yo no tenía que pedir perdón de nada, ni sentirme mal. Lo que había hecho era tratar de ayudarla.

—Quizás no sepa lo que es vivir aquí. Y yo no sabía que hubieran abusado de ti. Lo siento mucho... Pero eso no explica qué haces tú aquí. Eso sí te lo puedo preguntar, ¿no? —ella simplemente se encogió de hombros.

—Pues como no me dieron el trabajo en la tienda, no quería regresar a tu casa con las manos vacías. Pensé que podía ganar un dinero para ayudar.

—En primer lugar, no es mi casa. Es nuestra casa. Y en segundo lugar, estás ganando más dinero justo ahora, mientras hablamos, que lo que puedes ganar aquí —le dije.

—Ya llevo cien pesos, en este ratito —me dijo, con la cabeza muy en alta, mostrándome algunas monedas que aún traía en la mano.

—Xochitl, en las regalías de tu texto, el que estamos vendiendo en línea, ya juntaste cinco mil pesos en esta semana. Estás haciendo más o menos mil pesos por día y eso es ya después de descontar los gastos de la campaña publicitaria en redes sociales, los impuestos y la comisión del sitio web. — Me encantó ver como su cara se iba transformando mientras hablaba. Al principio pasó del enojo a la sorpresa total, abriendo mucho los ojos y la boca, pero cuando terminé estaba sonriendo y llorando. Y entonces me abrazó y casi me tiró al piso.

—Yaaa —gritó desde la calle el toro —¡váyanse a un hotel... ¡o a su departamento!

Xochitl me siguió abrazando un rato más sin importar lo que decía la gente que estaba vendiendo cosas en la calle, junto al semáforo. Después de un momento se separó y me tomó de la mano, mirándome a los ojos.

—Vámonos a la casa, mi amor, ¿sí? —nos fuimos de ahí tomados de la mano. Ella apenas volteó un momento para despedirse de sus amigos con una gran sonrisa y un gesto de la mano.

Caminamos, casi corrimos al departamento, con Xochitl adelantándose, retrasándose, alejándose un poco y luego pegándose a mí, pero sin soltarme jamás de la mano. Mientras caminábamos, ella me llenaba de preguntas, que yo trataba de contestar: cuántos libros se habían vendido, en qué países, qué decía la gente acerca del relato, ¿les había gustado?, ¿Cuántas copias más podríamos vender en los próximos meses?

Finalmente llegamos al departamento. Me senté a la mesa del comedor y saqué la laptop para que pudiéramos ver el reporte. Ella se sentó muy cerca de mí para ver la computadora y entonces le mostré los números.

—Pero... —decía —¿la gente está pagando para leer esta historia?

—Míralo tú misma, hada. Ahí están los números.

—Pero... ¡Nadie me conoce! Y la historia... es un cuento muy sencillo.

—Pero a la gente le encanta. Mira estas críticas.

—¿De verdad? —se acercó aún más a la pantalla para leer las reseñas. Yo tenía su cabeza frente a mí y comencé a acariciar su cabello mientras ella leía. Xochitl simplemente ronroneó, como un gatito “mmmmm” y apoyó su cabeza contra mi pecho. Creo que cerró los ojos y dejó de leer. Entonces me di cuenta de que doña Maria nos miraba desde la cocina, en silencio, sonriendo. Con un dedo sobre mis labios, le pedí que siguiera en silencio, mientras con la otra mano seguía acariciándole la cabeza a Xochitl, que poco a poco se fue inclinando cada vez, hasta apoyar su cabeza en mis piernas, con los ojos cerrados y con una gran sonrisa. Entonces se quedó dormida en mis piernas.

Mientras ella dormía, yo estuve trabajando en las cuentas de las redes sociales, para ampliar y afinar las campañas de publicidad. También estuve haciendo algunas proyecciones de cuánto dinero podríamos ganar en los próximos meses, tomando en cuenta los ingresos de mis libros y de los suyos. Estaba preguntándome cuándo podría ella terminar y publicar su segundo libro, cuando me di cuenta de que ya se había despertado y, desde mis piernas, miraba los números que yo hacía.

—¿Qué es eso? —me preguntó, señalando la hoja de cálculo en la que estaba trabajando. Entonces la tomé en mis brazos y suavemente la senté sobre su silla a mi lado. Ella se me quedó viendo un poquito seria y quizás asustada.

—¿Así que les dijiste a tus amigos allá afuera que éramos novios? —le

pregunté sonriendo. Ella bajó la mirada al piso.

—Yo... no... pensé —comenzó a decir, pero no pudo terminar porque la tomé de la barbilla y alcé su rostro lo suficiente para besarla en los labios, muy suavemente.

—Te amo —le dije, pero ella tenía los ojos cerrados. Y la boca entreabierta. Estaba temblando un poco. Entonces la tomé en mis brazos y la besé nuevamente. Una y otra y otra vez. Pude sentir como ella me rodeaba con sus brazos y me besaba de regreso, y antes de cerrar los ojos, vi que doña Maria se escabullía de la cocina para irse a su cuarto. Mientras seguía besando a Xochitl, escuché el sonido de la puerta del cuarto de doña Maria cerrándose suavemente. Nos abrazamos aún más estrechamente y nos estuvimos besando durante varios minutos. Finalmente se separó un poco de mí, y puso su frente sobre la mía. Estaba mirando sus manos, que estaban sobre mis piernas.

—No lo hice de mala intención, de veras. Me preguntaron porque vivía aquí y entonces justo en ese momento fue lo único que se me ocurrió, pero yo...

—No me importa, hada —le dije. —De hecho, me hizo darme cuenta que he estado haciendo las cosas mal. Esta mañana, cuando fui a buscarte al supermercado y no te encontré, me di cuenta de que tenía mucho miedo de perderte. No hubiera sabido qué hacer sin ti. Y cuando te encontré, estuve muy agradecido, pero también un poquito molesto por no saber dónde estabas...

—Perdón. No sabía si contarte o no, pero quería ganar algo de dinero para... —puse mi dedo sobre sus adorables labios para callarla un momento.

—Pero ya estás ganando dinero, preciosa —le dije. —Mucho.

En su rostro se dibujó una gran sonrisa y los ojos, muy grandes, le brillaban, mientras tomaba mis dos manos.

—¿Cómo me dijiste? —me preguntó.

—Te dije “preciosa”, porque somos novios ¿no? —ella soltó una carcajada, encantada, pero su frente no se separó de la mía. Bajó la mirada para ver nuestras manos entrelazadas.

—Pues... si tú quieres... —empezó a murmurar confundida, sonriendo y encogiéndose de hombros, pero sin alzar la mirada.

—Sí. Sí quiero. ¿Tú quieres? —ella alzó la mirada para verme a los ojos. Estaba increíblemente cerca de mí, en todos los sentidos.

—Sí. Sí quiero —me dijo con una voz muy suave. Entonces puse mis

manos en su rostro y me dediqué a besarla durante un buen rato más.

## Capítulo 5

Pasamos buena parte de la noche besándonos en el sillón de la sala. En algún momento, después de varias horas, intenté bajar mi mano para acariciar a Xochitl en las nalgas, pero en cuanto sintió mi mano ahí abajo, se puso muy tensa y separó inmediatamente sus labios de los míos. Entonces yo quité mi mano.

—Perdón —le dije. —No quería molestarte.

—No me molestas —me respondió, —pero... aún no estoy lista para que me acaricies así.

—Está bien. No pasa nada. Quizás me fui muy rápido —le dije. Ella bajó la mirada y acarició mi brazo con las yemas de sus dedos, pensativa. —¿Estás bien? —le pregunté finalmente.

—Sí —me dijo, sonriendo, y alzando la vista. —¿Me besas otra vez? Pero... nada más ¿sí? Todo tiene que ver... con lo que me pasó alguna vez abajo del puente. Aún no estoy lista. Es una larga historia...

Me incliné sobre ella y nos estuvimos besando un poco más. Durante algunos minutos los dos estuvimos un poco tensos y parecía que parte de la magia se había perdido en ese momento, pero después de un rato más recuperamos el mismo entusiasmo y nos seguimos besando hasta pasada la media noche.

Finalmente ella se puso de pie y me extendió la mano.

—Ya son las dos de la mañana. ¿Quieres que nos vayamos a dormir? —me preguntó.

—¡Claro! —le dije.

—¡Pero a dormir!, ¿eh? —me dijo, riendo.

A mí ya me había quedado muy claro que a Xochitl la ponía nerviosa cualquier cosa que pasara de besos y abrazos y sabía que nada iba a pasar en nuestra cama durante un tiempo bastante largo. Así que ella entró al baño y se puso la pijama y después yo hice lo mismo. A pesar que no hicimos nada más aquella noche, todo el cariño me demostró fue delicioso y memorable y nos quedamos dormidos literalmente besándonos.

Muy temprano por la mañana me desperté cuando sentí que mi novia se separó de mi abrazo y se puso de pie.

—¿Ya nos vamos a levantar? —le pregunté desde la cama, mientras ella se lavaba los dientes. Me maravillaba como no necesitaba despertador para levantarse por las mañanas tan temprano. Ella escupió la espuma en el lavabo y se enjuagó la boca antes de contestar.

—Ya, flojo. Ya son las siete de la mañana y los dos tenemos historias que tenemos que terminar de escribir —me dijo.

—¿Eso quiere decir que vas a empezar el segundo tomo de tu serie? —le pregunté, curioso.

—¡Claro! Hubiera empezado anoche mismo después de ver lo bien que nos está yendo en las ventas. Pero algo pasó... y me dediqué a hacer algo más importante —me dijo, inclinando la cabeza coqueta y sonriendo. Después se sentó a mi lado en la cama —¿todavía somos novios, hoy? —me preguntó.

—Claro que somos novios. ¿Por qué no íbamos a serlo?

—Pues... porque no me has dado ningún beso de buenos días —dijo ella, de nuevo pasando la yema de su dedo por mi brazo, con la mirada baja, y fingiendo un puchero. Yo la tomé en mis brazos y tumbándola boca arriba sobre la cama, me dediqué de nuevo a llenarle la boca de besos, mientras ella reía un poco. Nos estuvimos besando en la cama un buen rato, pero en cuanto acercaba más mi cuerpo al de mi novia, podía sentir como ella se tensaba toda, por lo que tenía que seguir besándola, pero con nuestros cuerpos un poco separados. Después de un rato, me separé de sus labios y me encantó ver su cara radiante, con una sonrisa de oreja a oreja y con las pupilas de sus ojos grandes y brillantes. Entonces se puso de pie —¡Vamos ya a desayunar, para ponernos a trabajar! Entre beso y beso ya se nos fue la mañana.

Xochitl se lanzó corriendo a la cocina y yo caminando detrás, alcancé a oír cómo ella le contaba a su mamá, “Mamá, mamá, ¿qué crees? Anoche Manuel se me declaró y ya soy su novia, ¡oficial!” Cuando llegué a la cocina, doña Maria me abrazó y me dedicó una gran sonrisa. Tenía los ojos un poco llorosos y antes de que yo pudiera decirle cualquier cosa, se regresó a la cocina y de pronto estaba ocupadísima rebanando fruta y preparando café. Xochitl se fue detrás de ella y estuvieron un buen rato trabajando y cuchicheando en la cocina, mientras yo revisaba las ventas del día anterior. Era delicioso oír las risas de mi chica en la cocina, mientras trabajaba un poco.

Cuando regresó, desayunamos de nuevo fruta y yogurt. Yo empezaba a extrañar cada vez menos los huevos de la mañana, que Xochitl decía que no

eran muy buenos para mi salud. Yo tenía mil artículos para refutar sus teorías y decirle que estaban ya obsoletas, pero no lo hacía, porque me gustaba complacerla y me encantaba cómo cada mañana me presentaba muy contenta y orgullosa su plato de frutas, que yo me comía con mucho gusto. Ella solo desayunó uno de esos téis medicinales y dijo que no tenía mucha hambre.

Cuando terminamos de comer y la mesa estuvo limpia, encendimos las laptops y nos pusimos a trabajar. Durante unas cuatro horas estuvimos ambos escribiendo y yo también estuve revisando nuestra contabilidad, trabajando en nuestras campañas publicitarias, contestando correos y en general buscando lugares donde pudiéramos promocionar nuestras novelas. Era una delicia trabajar con Xochitl. Su entusiasmo y alegría era contagioso, aunque a veces me molestaba un poco cuando me interrumpía para preguntarme cómo se escribía tal o cual palabra, cómo sonaba mejor cierta frase o cómo se hacía una u otra cosa en la computadora. Mientras escribía, también llevaba apuntes y dibujaba diagramas en uno de sus cuadernos. Sus historias eran mucho más elaboradas que las mías, tenían muchos más personajes y también tenían muchas más tramas secundarias. Siempre parecía haber algo que estaba pasando en sus relatos, a diferencia de los míos, que siempre han sido un poco más simplones. Intenté besarla alguna que otra vez durante la mañana, pero ella no despegaba los ojos de su computadora o de los complicados diagramas de sus cuadernos y me decía “ahora estamos trabajando, lobito. ¡Más tarde!” Aunque me sentí un poco, también me encantó ver la dedicación con la se entregaba a su oficio.

Después de comer por la tarde, Xochitl tomó su vieja mochila, puso dentro algunos cuadernos y me dijo que tenía que salir por un rato.

—¿A dónde vas? —le pregunté.

—Le tengo que ir a avisar al toro que ya no voy a estar trabajando en la esquina limpiando parabrisas, para que no se preocupe por mí. Le voy a decir que estoy trabajando contigo en varios títulos, pero que iré a visitarlo alguna que otra vez —me dijo. Mientras ella hablaba, su mamá le trajo algunos contenedores plásticos con comida y simplemente murmuró “para los amigos”. Seguramente Xochitl también aprovecharía la oportunidad para llevarles algo de comer. Puso también los contenedores en la mochila y salió y yo me quedé trabajando un rato más.

Había un correo de una pareja que publicaba cada semana un podcast literario en su blog, que se llamaba “Toño y Luisa”. Habían hecho entrevistas

a varios autores importantes en el pasado y ahora estaban interesados en entrevistar a Xochitl acerca de su nuevo título. Me daba gusto saber que todo el ruido que estábamos haciendo en la campaña publicitaria estaba funcionando muy bien.

Cuando llegó Xochitl le pregunté si estaría de acuerdo en reunirnos con esta pareja para que le hicieran una entrevista.

—Pero yo solo he publicado una historia y tú has hecho varias. ¿Por qué no te entrevistan a ti? —me preguntó.

—Pues porque la tuya ha causado más impacto que todas las mías juntas —le confesé, sonriendo, tal vez un poco celoso.

—¡No lo creo, lobo! Apenas es un solo relato y es muy sencillo —me dijo, con una gran sonrisa. Me encantaba tener su mano entre las mías.

—No importa —le dije. —Me da mucho gusto que se esté vendiendo tan bien y pienso que debemos aprovechar todas las oportunidades que nos den para hacerle publicidad. ¿Qué dices? ¿Te gustaría hacer la entrevista?

—Pues si tú crees que es buena idea... pues sí. —me dijo.

Llegamos temprano al día siguiente a hacer la entrevista para el blog de “Toño y Luisa”. Ellos mantenían un sitio que hablaba de todo tipo de géneros. Tenían varios miles de seguidores y una vez a la semana entrevistaban a algún autor.

Tenían una pequeña oficina en el tercer piso de un edificio en la Colonia Roma. No era nada moderno ni muy lujoso, pero supongo que les funcionaba bien.

Apenas nos abrieron la puerta, noté vagamente que se portaban bastante fríos con nosotros, de manera muy distinta a lo amigables que se habían portado cuando yo había hablado con ellos por teléfono. Pero yo traía tantas cosas en la cabeza, que no le di demasiada importancia y pronto lo olvidé.

Su asistente Citlali, en cambio, se portó muy amable con nosotros y pareció hacer migas muy rápido con mi novia. Le ofreció algo de tomar y Xochitl le dijo que ella podía ayudarle en la cocina. En un momento, podía oírlas reír en la pequeña cocina del despacho, mientras yo estaba sentado con estas dos frías personas, en la cabina de grabación, donde Antonio se entretenía calibrando sus micrófonos y todo el equipo con el que grababa los podcasts, mientras yo lo observaba. Cuando finalmente estuvo satisfecho con sus aparatos, se giró para hablar conmigo.

—Pues... —me dijo Antonio, en un tono frío —estamos muy sorprendidos

con el gran éxito que ha tenido lo que ha escrito esta... chica.

—De hecho leímos su material —dijo Luisa —y nos causó, en ese momento, una buena impresión.

—Ah —les dije yo, sonriendo —pues qué bueno. Sí, en realidad el libro está funcionando bien y ha tenido buenas críticas. Y esperamos que con la entrevista que le van a hacer a Xochitl, pues le vaya aún mejor.

—Bueno —dijo Antonio, mientras intercambiaba una mirada molesta con su mujer, Luisa. Después se giró a hablarme de nuevo, mientras Xochitl y Citlali entraban también a la sala y mi novia se sentaba junto a mí, —ya lo pensamos mejor, y creo que no vamos a realizar la grabación.

—¿Por qué no? —les pregunté. —Apenas hablamos por la mañana y ustedes sonaban bastante contentos de hacerla.

—Sí —dijo Luisa, —pero ya no queremos.

—Sí, ya lo entendí —les dije un poco molesto, mientras Xochitl ponía su mano sobre la mía, en un intento de calmarme. —Lo que no me han explicado es porque han cambiado de opinión. Y tomando en cuenta que Xochitl y yo hemos alterado toda nuestra agenda para venir hasta el otro lado de la ciudad hoy, para realizar esta entrevista, me gustaría que me explicaran qué ha pasado.

—Pues —dijo Luisa, con una mirada que helaba la sangre, —para empezar, yo no creo que la muchacha haya escrito el libro. Creo que todo es una elaborada mentira y no sé porque quieren engañarnos. A nosotros y al público en general

—¿Perdón? —pregunté un poco sorprendido. Mi novia me susurraba “mejor ya vámonos” pero yo presentía que en este lugar se cocía algo bastante feo y quería llegar al fondo del asunto. —¿Por qué no creen que ella haya escrito el libro?

—Es muy penoso que insista usted sobre este tema, señor —me comentó Antonio. —Mejor haría en hacerle caso a su muchacha e irse.

—Su nombre es Xochitl y no es mi muchacha y no me voy a ir hasta que me expliquen porque no creen que ella ha escrito *“El perfume de una era pasada”*. —Tomando en cuenta que en México, el término “muchacha” se usa derogatoriamente para hablar de las personas que laboran en el servicio doméstico, no me estaba gustando el tono que esta pareja estaba usando y no pensaba dejarlo pasar por alto. De igual manera, habían pasado a hablarnos con el tono formal de “usted” y habían abandonado el informal “tú”, no como

una forma de respeto, sino para distanciarse de nosotros.

—Pues... vaya... —dijo Luisa —sí usted insiste en que se lo digamos con todas las palabras... pues no nos parece que la muchacha sea una persona educada... una persona que sepa leer y escribir. Y menos a esos niveles.

—¿Por qué no? —dije poniéndome de pie. Xochitl también se puso de pie y todavía tomándome de la mano, con una cara angustiada, intentaba jalarme hacia la salida de esa oficina, murmurando cosas como “olvídalo” o “vámonos” pero yo sentía que nos estaban ofendiendo y no lo iba a dejar pasar así. El tal Antonio también se puso de pie, enfrente de mí.

—¿Pues porque es una india, si hay que decirlo abiertamente! —casi me gritó en la cara —¿Satisfecho?

Evidentemente, yo no estaba satisfecho y le metí un empujón que quizás resultó más fuerte de lo que hubiera querido. El hombre, aunque era de mi edad, era bastante más gordo que yo, y cayó sin poder evitarlo sobre sus micrófonos y al piso. Se iba a poner de pie, trabajosamente y con la ayuda de su mujer, cuando me vio alzar los puños y entonces decidió quedarse en el suelo, pero no por ello, perdió su aplomo.

—Vuelve a decirle india, si te atreves —le dije, apretando los dientes y con los puños cerrados.

—¡Vamos a llamar a la policía! —empezó a gritar Luisa, que se puso como histérica, mientras su marido se iba incorporando lentamente, pero asegurándose de hacerlo lo más lejos posible de mí.

Todo pasó muy rápido: Citlali tomó a Xochitl de la mano y la llevó hasta la puerta de la entrada y Xochitl me jaló a mí. Antes de que pudiéramos reaccionar, Citlali abrió la puerta, nos sacó e intercambio unas breves palabras con Xochitl, después cerró la puerta y se puso también a gritar dentro de esa oficina de locos.

—Vámonos —me dijo Xochitl, que casi tuvo que arrastrarme a la calle.

Comenzamos a caminar en esa gran y fría avenida, buscando algún taxi. Los dos estábamos muy alterados y Xochitl iba limpiándose con el puño las lágrimas de los ojos, mientras que yo comenzaba a darme cuenta de que había perdido la calma ahí dentro.

—Hada, —le dije, caminando a su lado, —perdóname por haberme puesto violento. Debí haberte escuchado e irnos antes de que las cosas se pudieran mal. No pude aguantar que te trataran mal. Perdóname.

Ella se detuvo y ahí a la mitad de la acera se giró para estar frente a mí y

me echó los brazos al cuello. Aún tenía lágrimas en los ojos, pero estaba sonriendo.

—Nunca me pidas perdón por defenderme, mi amor. Gracias por todo lo que hiciste ahí dentro. Yo sé pelear en la calle, pero nunca me había enfrentado a una persona rica. Yo simplemente me hubiera ido de ahí sin atreverme a decir nada, pero tú me acabas de enseñar que no hay que dejarse de nadie, sin importar qué tan importante sean esas personas. ¿Sabes? Me sentí muy especial. Nunca nadie me había defendido... de una persona como esas.

No sabía qué decirle. Me hacía sentirme como todo un superhéroe. Simplemente la tomé en mis brazos y nos besamos. Mañana ya tendríamos oportunidad de ver qué otras cosas podíamos hacer para promocionar su primera novela.

Al día siguiente cuando nos levantamos, Xochitl tenía un mensaje de Citlali en el que le recomendaba que revisara la página de “Toño y Luisa”. A regañadientes entramos a revisar el blog y con sorpresa vimos que aquellas personas habían escrito un artículo llamando a boicotear “*El perfume de una era pasada*” y la trilogía de “*El ejército terrestre*”, acusándome a mí de haber agredido al tal Antonio. Sin embargo, no mencionaban nada acerca de las cosas racistas que habían dicho acerca de mi novia.

—Voy a llamar a mi abogado —dije tomando mi celular, pero Xochitl me lo quitó suavemente de las manos.

—No, —me dijo, —no vamos a gastar el poco dinero que tenemos en estos desdichados.

—Pero tenemos que defendernos, ¿no? —le pregunté.

—Y lo vamos a hacer. Pero usando nuestras herramientas. Creo que somos mejores escritores que ellos.

Estuvimos pensando un par de horas en la respuesta que les daríamos y Xochitl decidió publicar un texto en nuestra propia página en Facebook con su punto de vista.

—¿Me puedes tomar una foto para acompañar mi artículo? —me preguntó.

—¡Claro! —le dije —Pero... ¿para qué quieres poner una foto?

—Pienso demostrarles a Toño y a Luisa que sí soy una india, y que me siento muy orgullosa de serlo.

Fuimos a la recámara y Xochitl revisó en el cajón donde guardaba algunas cosas de las que había traído en esa gran bolsa negra de plástico cuando yo la había recogido del puente. Después de buscar un poco, sacó finalmente un

huipil azul celeste con motivos en negro. Lo sacó con todo el cuidado del mundo y lo puso sobre la cama. Era un huipil corto, que podía ser usado como una blusa. Se sentó sobre la cama y pasó cariñosamente su mano sobre la suave tela.

—Hace muchos años, antes de morir, mi papá me compró dos huipiles que he guardado todos estos años y que he cargado conmigo a todos los lugares por donde he pasado. Tengo éste y uno blanco, para cuando me case. Para cuando me case contigo —me dijo, mirándome a los ojos. No bromeaba. — Soy Tzotzil y no me avergüenzo de serlo. Quiero que me tomes una foto con este huipil para ponerla en mi artículo y también en mi perfil de escritor. No tengo porque ocultar quien soy.

Se puso de pie, dándome la espalda y simplemente se quitó la playera que traía. Durante un momento le vi la espalda, casi desnuda a excepción del elástico del sostén beige que llevaba. Me sorprendía que se quitara la blusa frente a mí, ya que normalmente era más tímida. Antes de que pudiera acabar de pensar, ya se había puesto el huipil azul, se había vuelto a sentar en la cama, con las manos sobre las piernas y me estaba sonriendo. “¿Me tomas mi foto?” me dijo.

En un par de horas la respuesta y la foto estaban en línea en varios de los sitios que teníamos y un par de llamadas después, el artículo ya había sido compartido en muchas cuentas muy influyentes dentro del país.

La justicia social cayó sobre la pareja de racistas con todo el peso que Internet reserva para sus ciudadanos más desdichados.

En dos días ellos habían tenido que cerrar su blog y sus cuentas de redes sociales y en cambio, de nuestro lado, *“El perfume de una era pasada”* se estaba vendiendo aún mejor que antes. Si lo hubiéramos planeado, no nos hubiera salido mejor.

Un mes después seguíamos vendiendo muy bien todo nuestro material y parecíamos una máquina de producir contenido. Las cosas iban tomando muy buen ritmo, tanto en nuestras ventas, como en nuestra vida personal.

Pensábamos que si las cosas seguían así, podríamos contratar a Joaquín otra vez el próximo mes y ya teníamos grandes planes para nuestros próximos títulos.

Entonces un día por la mañana, después del desayuno, doña Maria se puso un chal, tomó una bolsa y se encaminó muy contenta a la puerta.

—Regreso por la noche, hija —le gritó a Xochitl, que estaba en nuestro

cuarto.

—Sí, mamá —gritó Xochitl, desde nuestra recámara.

La mujer cerró la puerta tras de sí, y yo me quedé pensando un momento.

—Qué raro, preciosa. Tu mamá casi nunca sale y hoy se va todo el día. Iba como con mucha prisa. ¿A dónde iría?

Entonces salió Xochitl de nuestro cuarto, sonriendo. Era evidente que se acababa de bañar.

Llevaba el cabello húmedo y suelto. Iba descalza.

Llevaba puesto su huipil blanco.

## Capítulo 6

Aquella prenda era tan larga como un vestido y la cubría desde el cuello hasta los pies. Era un traje tradicional, diseñado para las grandes ocasiones de la vida y el que Xochitl lo llevara puesto, simbolizaba que estábamos a punto de vivir algo extraordinario.

Cuando me puse de pie, Xochitl se acercó en silencio y me dio un gran abrazo. Yo aún trataba de entender qué estaba pasando, pero la abracé de regreso, muy fuerte, en esos abrazos que solo terminaban cuando ella se separaba.

Finalmente me soltó y me miró a los ojos. Tenía sus manos sobre mis brazos y yo tenía las mías sobre su cadera. Sus ojos estaban un poco húmedos.

—Quiero que hagamos el amor, Manuel— me dijo. Yo quería preguntarle si estaba segura, si estaba lista. Si lo que le había pasado hacia todos esos años abajo del puente no le afectaría. Pero no alcancé a preguntarle nada. —Estoy lista —dijo.

Se separó de mí y sin quitarme los ojos de encima se pasó lentamente su huipil blanco por encima de la cabeza y después de que se lo hubo quitado, simplemente lo dejó caer sobre la cama. Se quedó apenas un segundo viéndolo ahí y después alzó la mirada para verme a los ojos. Estaba prácticamente desnuda, solamente cubierta por su ropa interior: un sostén blanco de encaje y unas bragas del mismo color. A pesar de que aún llevaba el sostén, se cubrió los senos con los brazos un momento, pero luego me dedicó una gran sonrisa y bajó, no sin algo de esfuerzo, los dos brazos, que le temblaban a los costados. “Estoy lista” murmuró de nuevo. Yo podía ver sus pezones, oscuros, alzados y orgullosos, tensando la delgada tela de su sostén de encaje, pero a ella parecía no importarle. Más bien, parecía deleitarse en mi mirada llena de deseo. Caminó lentamente hasta estar frente a mí, pasó sus brazos por mi cuello y me besó muy suavemente y despacio. Nos estuvimos besando un buen rato, mientras mis manos le acariciaban su espalda casi desnuda, solamente cubierta por los tirantes del sostén. No se lo quité, porque no quería apresurarla y porque yo pensaba que en cualquier momento era posible que ella se arrepintiera y decidiera que después de todo, no era el mejor momento. Aunque ya todo estaba resuelto, la verdad es que los últimos días habían sido

muy complicados y habían estado llenos de emociones, no todas ellas buenas. Pero después de un momento, ella se separó de nuevo de mí. Dio un pequeño paso hacia atrás, y llevando una de sus manos a su espalda, se desabrochó el sostén, mientras murmuraba, casi imperceptiblemente, y casi más para ella que para mí “¿qué pasa, por qué no avanzas?”

Se quedó apenas un breve instante frente a mí, desnuda totalmente, a excepción de las bragas que todavía conservaba. A pesar de la tela de encaje, podía notar el bulto que formaba su vello púbico y también podía distinguir la forma de los labios de su sexo hinchados, listos para que hiciéramos el amor. Una pequeña mancha húmeda de excitación se asomaba en la tela blanca de sus bragas, entre sus piernas. Ahora podía ver que tenía unos breves y firmes senos morenos, con los pezones muy oscuros, casi negros y que éstos se encontraban erectos por la excitación. Sus areolas, igual de oscuras, eran muy pequeñas, rodeando en un breve círculo el pezón. Se acercó a mí, tomó mis manos y las puso sobre sus dos senos.

—¿Qué pasa, lobito? ¿no quieres que hagamos esto? —me preguntó, mirándome a los ojos.

—¡Claro que quiero! ¿qué te hace pensar que no? —le pregunté sorprendido. Ella bajó la mirada tímidamente, pero mis manos seguían aún en sus pequeños senos y yo podía sentir esos duros pezones contra las palmas de mis manos.

—Pues es que yo me imaginaba —me confesó mirando al suelo, encogiéndose de hombros, como si no quisiera darle importancia —que en cuanto me vieras dispuesta, me tomarías. Que me harías tuya... esperaba... —dijo alzando la mirada finalmente y mirándome a los ojos —un poco más de pasión.

Yo me di cuenta entonces de que ella había mal interpretado todas las precauciones que había estado tomando para no lastimarla, y que ahora ella pensaba que yo no quería hacerle el amor. Y decidí que si quería convencerla de todo lo que la deseaba, tendría que tomar una fuerte iniciativa y hacerle el amor con más pasión y menos cuidado. Así que inmediatamente, sin dar mayores explicaciones, me lancé al ataque.

Separé mis manos de sus senos, y poniéndolas sobre sus nalgas, la atraje hacia mí, mientras besaba sus labios. Decidí dejarme llevar por el deseo que sentía por Xochitl, casi desde el primer momento en que la había conocido y mientras la besaba, le mordí suavemente el labio y ella gimió de gusto. Me

dediqué a besarle el cuello, la nuca, los hombros y comencé a bajar sobre su pecho, mientras ella, sonriendo, me acariciaba la cabeza.

Me senté sobre la cama y tomándola de la mano, de nuevo la atraje hacia mí. Mientras ella permanecía de pie y yo sentado en la cama, me dediqué a llenarle los senos de besos y pequeñas mordidas. Le lamí toda la piel hasta que tuvo el pecho brillante de mi saliva y me dediqué a chuparle esos pezones erectos hasta que casi gritaba de placer, mientras mis manos aún seguían acariciándole y apretándole las nalgas. Había pasado veladas enteras pensando en esas nalgas grandes y suaves y por fin las tenía en mis manos. Separé mis labios un momento de sus senos para concentrarme en bajarle finalmente sus bragas blancas, mientras ella reía, encantada. Me quedé un momento viendo el triángulo velludo de su sexo. Xochitl no se depilaba absolutamente nada y tampoco había esperado que lo hiciera. Había parecido vivir, hasta ahora, en una dimensión alejada del erotismo, pero eso iba a cambiar a partir de esta misma noche. La acomodé sobre la cama boca arriba, suavemente, mientras ella murmuraba, sonriendo “¿Qué estás haciendo?” y me di cuenta de que lo que me había contado era cierto: era posible que hace algunos años, hubieran abusado de ella, pero nadie le había hecho nunca el amor. Eso hacía que, aunque no fuera físicamente virgen, todo lo que estábamos haciendo fuera nuevo para ella. Durante un momento volví a pensar que debía tener mucho cuidado con ella, pero volví a sentir miedo de que ella interpretara mi timidez como falta de deseo y decidí que tendría que portarme lo más osado que pudiera hasta que ella me marcara claramente un límite.

Mientras ella estaba tendida boca arriba sobre la cama, yo separé sus piernas con sus manos. No sentí ninguna resistencia. Entonces me dediqué a besarle nuevamente todo el cuerpo: los labios, el rostro, el cuello, la nuca, los hombros, los senos y poco a poco fui bajando por su estómago mientras ella temblaba de deseo; ella ya sabía a dónde iba yo. Le llené de besos el estómago plano y me llamó la atención ver la cicatriz de lo que parecía ser una herida de cuchillo o navaja cerca del ombligo, del lado derecho del abdomen, pero no iba a arruinar la noche preguntándole qué era. Besé la cicatriz y la recorrí con mi lengua y ella me premió de nuevo con un estremecimiento y un gemido. Entonces bajé a sus pies y comencé desde abajo hacia arriba a llenarle de besos los dedos de los pies y las plantas, mientras ella reía de nuevo, encantada, y me pedía que me detuviera, sin desear realmente que lo hiciera.

Mi lengua y mis labios fueron recorriendo lentamente sus piernas, que resultaron ser muy sensibles. Me pasé un buen rato llenando de besos, mordiscos y caricias con mi lengua la parte interior de sus muslos, que la hacían saltar un poco. Desde donde estaba, podía ver los labios de su sexo abiertos, hinchados y brillando de humedad. Al principio, ella los tapaba con alguna de sus manos, pero poco a poco fue perdiendo el pudor y abriendo más las piernas hasta que resultó evidente que quería que centrara la atención de mi boca en su pubis.

Me acerqué despacio y puse mi boca a milímetros de los labios de su vagina. Cerré un momento los ojos para aspirar el dulce aroma de su coño, que ya estaba empapado y solté el cálido aliento de mi boca sobre su sexo, lo cual la hizo saltar y gemir de deseo. Me acerqué entonces y besé por primera vez ese coñito que me supo a un pedazo de cielo. Ella, echando la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados, volvió a saltar, murmuró mi nombre sorprendida, en un gemido y no pudo evitar colocar sus manos en mi nuca. Entonces me dediqué a besar, lamer y morder esa vagina abierta, hinchada y húmeda. Con mis dedos aparté su vello y abrí sus labios para que mi lengua entrara más adentro de ella. Cuando alcé la mirada para verla, mientras mi lengua entraba en su sexo, pude verla ansiosa, confundida y llena de deseo. Tenía la cara ardiendo y todo su cuerpo sudaba. Movía la cabeza de un lado a otro, aún con los ojos cerrados. Sus pezones estaban más duros que nunca y sus piernas estaban tensas y temblaban. Estuve lamiéndola ahí durante cinco minutos, mientras sus gemidos se volvían cada vez más fuertes y yo podía sentir sus dedos clavarse en mi cabeza. Se vino con mi lengua sobre su clítoris, con un gemido largo, grave y profundo en voz baja, con las piernas temblándole sobre mis hombros, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos en blanco.

Nos quedamos ambos quietos durante un momento, ella tumbada boca arriba, con las piernas abiertas, acariciando mi cabello y yo con mi cabeza entre sus piernas. A ratos, yo besaba muy suavemente su sexo y ella volvía a saltar, gimiendo.

Estaba pensando darle un segundo orgasmo, pero después de un momento ella me jaló hacia arriba, y yo me acosté sobre ella.

—Ven, ven, ven encima de mí —me dijo. Al principio me pregunté si no le pesaba mucho pero ella parecía cómoda y sus manos en mi espalda me apretaban contra su cuerpo. —¡Ay! —dijo con los ojos cerrados —qué rico

estuvo eso. No me imaginaba que se pudiera sentir tan... bien. —Después abrió los ojos, sorprendida y me miró —¡Pero tú todavía estás vestido, lobo!

Yo simplemente sonreí, sin decirle nada. Entonces ella hizo que nos sentáramos sobre la cama y me quitó la playera. Se dedicó a besarme el pecho, los brazos y el estómago. Después se hincó en el piso y alzó la vista para mirarme sonriendo.

—Te voy a bajar los pantalones y vamos a ver qué pasa ¿sí?

Ya aún antes de quitármelos, había un gran bulto que era visible, con todo y la ropa. La dejé hacer. Con un poco de trabajo logró quitarme los pantalones y me quedé simplemente con la ropa interior. Ella, con una cara de sorpresa, miraba el bulto entre mis piernas.

—¿Lo puedo tocar, amor? —me preguntó, alzando la mirada.

—¡Pues claro, mi reina! Eso es lo que quiero que hagas —le dije. Lo acarició un poco sobre la ropa interior, pero después de un momento, bajó mis boxers y se quedó un momento viendo mi sexo desnudo. Después me volvió a mirar a los ojos, como preguntándome, y como me vio sonriendo, bajó de nuevo la mirada y tomó mi palo en sus manos. Cerró el puño sobre mi sexo y subió y bajó un par de veces sobre mi sexo, arrancándome un gemido. Me miró sonriendo.

—Le voy a dar un besito —me dijo.

—Sí, mi amor —le respondí.

—¡Pero solo un besito! Nada más —me aclaró.

Inclinó la cabeza y besó la punta de mi sexo. Cuando se separó, llevaba un poco del líquido de mi sexo en sus labios. Lo lamió sin alzar la vista y regresó a darme otro beso, un poco más largo, un poco más profundo. Volvió a alzar la vista y me miró muy seria. Yo no le dije nada. Bajó de nuevo la vista y la cabeza, abrió los labios y se metió toda la cabeza de mi sexo en sus labios y la fue sacando lentamente, succionando un poco y volvió a terminar con un beso. Esa atención, lo confieso me sacó un gemido. Tenía muchas ganas de tomar su cabeza y empujarla para clavarle todo mi sexo en la boca, pero sabía que eso era lo peor que podía hacer en este momento, así que estaba luchando por contenerme. Ella alzó de nuevo la vista y me miró, sonriendo. “¿A ti también te gustan los besos aquí?” me susurró y yo solamente asentí con la cabeza. Entonces regresó y esta vez sí la metió completa en su boca mientras la acariciaba con su lengua. La tomé de los hombros y mientras ella me miraba con curiosidad la acosté boca arriba sobre la cama. “¿Ya?” alcanzó a susurrar,

mientras separaba las piernas y se acomodaba en la cama. “Ya,” le dije simplemente. Me acosté sobre ella, pero me apoyé sobre los codos porque no quería sofocarla con mi peso. Ella, sonriendo, tomó mi pene con su mano y lo acomodó en la entrada de su vagina. Después me susurró “Ven. Dámelo, ¿sí? Tómame ya. Quiero ser tu mujer”.

Dada la historia de Xochitl, yo había pensado que sería más difícil entrar en ella; que quizás sus músculos se contraerían involuntariamente, pero no fue el caso. Su sexo estaba empapado con su excitación e incluso su vello púbico brillaba con pequeñas gotitas de humedad. Sus labios estaban hinchados pero abiertos. En cuanto empujé suavemente, ella alzó las caderas, gimiendo, para encontrarme y unos segundos después yo estaba totalmente dentro de ella. Empecé a moverme suavemente y después de las primeras embestidas, ella comenzó a gemir y a mover sus caderas con el mismo ritmo, para encontrarme en cada vaivén. Sus brazos se aferraron a mi espalda y sus uñas comenzaron a clavarse en mi piel, suave al principio, pero un poco más fuerte conforme ella se iba excitando cada vez más. Comencé a besarla en los labios y coloqué mis manos de nuevo en sus nalgas para empujarme aún más profundamente dentro de ella.

Después de apenas algunos pocos minutos, Xochitl comenzó a gemir aún más fuerte y a morder mi labio inferior. Sus piernas se enredaron alrededor de mi cintura y literalmente se colgó de mi cuerpo. Se separó de mis labios para mirarme a los ojos. Su frente estaba arrugada en un profundo gesto de concentración y sus cejas estaban curvadas hacia abajo, como si fuera presa de una gran preocupación, pero sus gemidos, cada vez más fuertes, indicaban que estaba a punto de correrse. Todo su rostro y su cuerpo estaban perlados de sudor y sus uñas se clavaban en mi espalda.

—Creo... que voy... a terminar otra vez, Manuel— me dijo, sin separar su mirada de mis ojos.

—Termina, preciosa.

Ella cerró los ojos y los puños que estaban en mis hombros y pegó su cabeza a mi hombro soltando un gritito largo y agudo. Estuvo tiesa durante un momento y después todo su cuerpo se relajó y ella se desplomó sobre la cama, respirando profundamente. Yo aún seguía dentro de ella y no podía esperar más, así que después de un momento, comencé a moverme nuevamente dentro de ella, mientras ella murmuraba “sí, sí”, pero ya estaba más relajada. Sus manos comenzaron a acariciarme el pecho y el cuello y sus piernas volvieron

a enredarse en torno a las mías, pero era claro que ella ya no se iba a correr de nuevo; simplemente estaba esperando a que yo me viniera dentro de ella, cosa que pasó en menos de un minuto después. Cuando ella sintió mi semen dentro de su sexo volvió a echar la cabeza hacia atrás, pronunciando mi nombre. Cuando a mí me tocó relajarme sobre ella, escondiendo mi cabeza sobre su hombro, ella se puso a acariciarme el cabello de la nuca y murmuró en mi oído “¿estuvo rico, mi rey?”.

—Estuvo delicioso, mi amor —le respondí. Ella me sonrió. Pasamos la próxima hora besándonos y en cuanto estuvimos listos, volvimos a hacer el amor varias veces ese día, el mejor de mi vida.

## Capítulo 7

Desperté con el cuerpo desnudo de Xochitl entre mis brazos, y ella despertó al mismo tiempo que yo. Nos habíamos pasado todo el día y toda la noche alternando entre hacer el amor, platicar y reír, y acariciarnos o bañarnos y habíamos caído rendidos ya muy avanzada la madrugada.

Y la única razón por la que despertamos es porque Doña María nos estaba tocando en la puerta.

—¡Niña! Ya son las 8 de la mañana. ¿Pues qué no te vas a levantar?

Xochitl se levantó como de rayo y corrió a la puerta gritando “ya voy, mamá”, pero a la mitad del camino a la puerta se dio cuenta de que estaba desnuda y regresó riendo en voz baja a la cama, buscando su pijama. Mientras su madre esperaba pacientemente afuera, Xochitl se vistió y me arrojó a mí mi pijama, murmurando lo más alto que se atrevió “¡vístete, Manuel!”. Yo aún me estaba vistiendo cuando Xochitl ya había vuelto a correr a la puerta y la había entreabierto muy, muy poquito, para apenas asomar uno de sus ojos y su nariz.

—Hola, mamá —le dijo lo más dulcemente que pudo. —Ya vamos. Es que nos desvelamos mucho.

—Está bien, niña —dijo la viejecita riendo entre dientes. Por supuesto que sabía lo que había pasado anoche. Además de los continuos rechinares de la cama, no era como que Xochitl hubiera sido precisamente la más silenciosa. —Pero no quiero que te acostumbres a levantarte tarde ¿me oíste? ¡Pase lo que pase!

—No, mamá, no, ya te dije que ya vamos para allá —dijo mi novia.

—¡Y a trabajar! Que hay que pagar la renta. Te espero en la cocina —dijo la mujer.

—Mamá, no pagamos renta. El departamento es de Manuel— le recordó Xochitl.

—¡Ay, lo que sea! Tú me entiendes —dijo la mujer, pero su voz sonaba cada vez más lejana conforme se iba alejando a la cocina.

Xochitl se acercó a la cama y me besó en los labios.

—Ya me voy a preparar el desayuno, lobo. ¡Y después a trabajar en los libros! Si no, ya oíste que tu suegra nos va a matar —me dijo Xochitl, y el nuevo título de su mamá me encantó.

—Oye, ¿no nos podemos quedar en la cama? —le pregunté, jalando la manga de su playera de pijama.

—Ya oíste a la jefa. No podemos.

—Yo pensaba, que igual repetíamos. —Xochitl soltó una carcajada, halagada y encantada.

—¡Ay, lobo! Eres un goloso. ¡No! En la noche repetimos, y te prometo que va a estar delicioso. Pero ahora a trabajar.

—¿No podemos tener luna de miel? Todo el mundo la tiene —le pregunté, insistente, mientras ella salía por la puerta.

—Pero nosotros no, mi amor. Tenemos que pagar la renta.

Antes de que pudiera decirle cualquier cosa, ya había salido y cerrado la puerta tras de sí. Me quedé un momento más en la cama y pude oír a las dos mujeres reír desde la cocina. ¿Estarían hablando de mí? Esperaba que Xochitl fuera discreta con los detalles de nuestra relación pero me resigné a pensar que nunca podría saber qué tanto le contaría a su mamá. Finalmente pensé que quizás estaría siendo un poco paranoico pensando que estarían hablando acerca de nosotros; la verdad era que ellas siempre estaban riendo cuando estaban juntas.

Me metí a bañar, me vestí y cuando salí ya tenía un plato de fruta sobre la mesa. Me senté a comer y le pregunté a mi novia “¿tú no vas a comer?”

—Ya comí —me dijo, mientras me servía mi taza de café y regresaba a la cocina.

—Hija... —dijo su doña María, con un gesto preocupado.

—¡Ya comí, mamá! Ya no quiero nada más —respondió la chica, un poco brusco.

—Solo tomaste un vaso de agua —le dijo la anciana.

—Mamá, ahora no quiero nada más, ¿ok?

Me puse a pensar que anoche había visto a Xochitl por primera vez desnuda y aunque era muy atractiva, me había llamado la atención lo delgada que estaba, al grado que sus costillas eran perfectamente visibles en su abdomen. Eso no me había gustado tanto. Suponía que era debido a la falta de nutrición que había tenido mientras había vivido en la calle y tomé la determinación de que trataría de hacerla comer para que subiera algunos kilos. Pero definitivamente esta no era la mañana para empezar, así que me dediqué a comer mi fruta en silencio. Ella fue al baño y pasó ahí más o menos una hora. Intenté a entrar para bañarme con ella, pero la puerta estaba cerrada con llave.

Eso no me hubiera extrañado antes de la noche anterior, pero ahora que habíamos hecho el amor, no hubiera esperado que mi hada cerrara la puerta con llave. Toqué, pero Xochitl me respondió un poco enojada “¡Ahora no, lobo! En un momento te alcanzo afuera ¿ok?”

Era inútil insistir.

A las diez nos sentamos a trabajar. Las ventas de nuestros títulos seguían viento en popa y parecía que nunca habían bajado, así que nos pasamos la mañana trabajando, escribiendo nuevas historias y buscando cómo promocionar lo que ya teníamos a través de diversos canales de venta. Yo también me puse a buscar algún trabajo. Ahora que éramos tres, y sin los ahorros de toda mi vida, que yo me había terminado en mi locura en Los Ángeles, íbamos a necesitar más dinero para nuestros planes futuros.

En el otoño comencé a dar algunas clases de filosofía y también de literatura en un par de universidades en la ciudad de México. Ninguna escuela ha pagado nunca muy bien, pero con ese dinero como un ingreso fijo, más lo que estábamos ganando con nuestras novelas, nos estaba yendo bastante bien.

En poco tiempo ya habíamos vuelto a llamar a trabajar a Joaquín y parecía que todo iba viento en popa.

Xochitl y yo nos pasábamos las madrugadas y las mañanas escribiendo y atendiendo nuestro negocio, y las noches haciendo el amor. En las tardes yo viajaba por toda la ciudad, yendo de una escuela a otra, mientras mi chica aprovechaba esas horas para leer, cocinar las cosas que le encantaba prepararme, seguir escribiendo o dormir un poco.

Delgada como estaba, había seguido perdiendo peso. Por las mañanas pasaba mucho tiempo encerrada en el baño pero nunca me contaba por qué.

En ese año, Xochitl logró publicar dos libros más y terminar su trilogía, y antes de que nos diéramos cuenta, había llegado la fecha de la feria del libro en la que nos habíamos conocido.

Ese día llegué de dar clases en la universidad con las formas que teníamos que llenar para contratar un stand en la feria y se las enseñé.

—Mira, mi amor, ya el próximo mes es la feria del libro en la que nos conocimos.

—¡Qué padre, qué emoción! —me dijo —¿vas a volver a poner un stand?

— No, mi cielo.

—¿No? ¿Por qué no? ¿Entonces para qué trajiste las formas?

—No VOY a poner un stand, porque este año VAMOS a poner un stand

juntos.

—¿De verdad? —me dijo con los ojos muy abiertos.

—¡Claro! Ya hice las cuentas. Vamos a mandar imprimir algunos volúmenes tuyos y otros míos para vender en papel. Y también nos vamos a sentar ahí a firmar algunos autógrafos.

—

Fue maravilloso ver a Xochitl en la feria y ver cuánto habían cambiado las cosas en solamente un año. Mientras le tomaba fotos sentada en nuestro stand, presumiendo su trilogía completa en una mano, no pude evitar recordar a esa muchachita un poco sucia y con la ropa un poco rota, que se había presentado mirando al suelo el año pasado y me había mostrado todas esas fotocopias de “*Recuperando Marte*”, que ella había puesto juntas para hacer un volumen que estaba lleno de anotaciones y párrafos subrayados.

Ahora veía a esta mujer, vestida de manera sencilla, pero con ropa toda nueva, recién bañada y muy arreglada, sonriendo y firmando ejemplares a todas las chicas adolescentes que llegaban, queriendo conocerla, pidiendo su autógrafo o una fotografía, y preguntando cuánto costaba el recién publicado último tomo de su saga o atormentándola con preguntas de cuándo saldrían los siguientes relatos.

Estaba tan contento viéndola que casi no me importó (casi) que la demanda por mis propios libros fuera un poco (o un mucho) menor que los trabajos de mi esposa.

Sí, ahora la llamaba así. No había habido una ceremonia religiosa o civil, ni había habido una gran fiesta con familia y amigos, pero ella y yo sí habíamos tenido ese memorable día cuando ella había vestido su huipil blanco para mí. Yo ya no podía imaginar mi futuro sin ella, y esperaba que ella se sintiera igual con respecto a mí.

Esos días con ella fueron mágicos, y hoy, después de todo lo que ha pasado, me gusta recordarlos con todo el cariño que siento por mi mujer.

## Capítulo 8

El último día de la feria del libro regresamos radiantes a nuestro departamento. Joaquín nos ayudó a subir algunas cajas de libros y de material publicitario y se despidió.

Aún estaban las cajas en el piso, junto a la puerta cuando Xochitl, sin decir nada, salió corriendo al baño.

Cuando yo me giré para ver inquisitivamente a doña Maria, ella se encogió de hombros y me dijo “¿por qué no vas a verla?” Normalmente a Xochitl no le gustaba que tocara a la puerta del baño, así que regularmente había optado por dejarla en paz, pero en esta ocasión yo tenía un mal presentimiento. No me había gustado la cara que llevaba cuando salió corriendo.

Me acerqué al baño y toqué a la puerta.

—¿Xochitl? —pregunté. Del otro lado de la puerta se escuchaban sonidos extraños. Como si ella estuviera vomitando. Hubo un pesado silencio y después respondió, en voz bastante alta y con un tono enojado.

—¡Estoy bien! ¡No pasa nada! Déjame en paz un momento ¿sí?

Quería decirle que no, pero no me atreví. Me senté un momento en la cama, aun escuchando esos sonidos que después de algunos minutos pararon. Me puse de pie y volví a llamar a la puerta, pero no hubo respuesta. Volví a llamar y cuando alcé la vista vi que doña María me miraba desde la puerta de la alcoba.

Toqué más fuerte, pero cuando no hubo respuesta fui al cajón de mi mesa de noche, tomé la llave de la puerta del baño y regresé para abrirla.

Cuando abrí el baño encontré a Xochitl inconsciente, tirada en el piso. Había estado vomitando en la taza del baño que estaba manchada de sangre. Aún sin sentido, se apretaba el estómago con los dos brazos.

En un ataque de pánico, me hiqué sobre ella y traté de reanimarla. Ella recuperó el sentido un momento y me murmuró, tosiendo, pero sonriendo “lobo. Me duele mucho el estómago.”

—Xochitl, ¿desde cuando estás así? —le pregunté, pero no me contestó. Ya había cerrado los ojos de nuevo. Miré sobre mi hombro y me encontré a doña Maria, mirándome desde la puerta del baño. —¿Desde cuándo está enferma?

La mujer se miraba las manos, como apenada.

—Desde siempre.

—¿Cómo desde siempre?

—Bueno. Desde hace muchos años —dijo encogiéndose de hombros. —  
No hay nada que se pueda hacer.

—Hay mucho que se puede hacer. ¿Por qué no me habían dicho nada?

—Ella no quería que te preocuparas.

Furioso, cargué a Xochitl como pude y la puse sobre la cama. Ella recuperaba a momentos el sentido y murmuraba cualquier sinsentido. Le limpié el rostro y le cambié la camiseta que estaba sucia, mientras trataba de pensar qué debía hacer. Mientras yo estaba ocupada con su hija, doña Maria limpiaba el baño. Después de unos cinco minutos yo ya había tomado una decisión. Me aseguré de tener mis tarjetas de crédito en la cartera y tomé las llaves de la camioneta.

—La voy a llevar a la sala de urgencias, doña Maria.

—¡Vámonos! —me respondió la señora.

Mientras le ponía un suéter y zapatos a Xochitl, la mujer se puso su abrigo y en cosa de cinco minutos íbamos saliendo por la puerta del departamento, conmigo cargando a mi esposa.

Doña Maria me ayudó abriendo la puerta de la camioneta y yo acomodé a mi mujer en el asiento de enfrente. Mientras le ponía el cinturón de seguridad, ella recuperó el sentido y me preguntó “¿a dónde vamos?”

—Vamos al hospital, mi amor. Quiero que revisen por qué estás vomitando sangre.

—No —me dijo —Vamos a la casa. No quiero ir al doctor.

—Vamos a ir al doctor y te van a dar algo para el dolor.

—¡Ya te dije que no quiero ir!

—¿Por qué chingados no me dijiste que estabas enferma?! —casi le grité mientras iba sacando la camioneta del estacionamiento.

—¿Para qué? —me dijo ella, también gritando —¿¿¿Para qué no quisieras estar conmigo???

Se hizo un pesado silencio durante un momento en la camioneta. No podía creer lo que me estaba diciendo.

—Xochitl, después de todos los obstáculos que hemos superado juntos... ¿cómo puedes pensar eso de mí? Yo me quedaría contigo aunque tuvieras... no sé... aunque tuvieras... cáncer —murmuré incrédulo.

—¡¡PUES ESO ES PRECISAMENTE LO QUE TENGO!!

De nuevo hubo un pesado silencio en la camioneta.

—¿Estás segura? ¿Quién te diagnosticó? —le pregunté yo poniendo mi mano sobre la suya, mientras manejaba hacia el hospital.

—Nadie me diagnosticó, —dijo ella, cerrando los ojos, cansada. —Pero puedo leer. Puedo ver los síntomas en mi cuerpo y puedo investigar en Internet.

—¿Y porque no me habías dicho nada? —le pregunté. Trataba de mantener la calma, pero estaba un poco enojado.

—Porque no tenemos dinero para un tratamiento —me dijo ella, con el mismo tono impaciente.

—Hada —le dije, más calmado. —Podemos conseguir dinero de cualquier lado. Podemos pedir prestado. Podemos... no sé... hay mil cosas que podemos hacer. Pero si en realidad tienes...

—Cáncer —se atrevió ella a decir lo que a mí me había costado tanto trabajo decir. Tenía miedo de que si decía la palabra, se haría real.

—Si en verdad tienes eso, el tiempo es lo más importante. Si lo detectamos a tiempo y lo tratamos, tenemos más oportunidad de vencerlo.

Ella no dijo nada. Llevaba el codo apoyado en el marco de la ventana y se rascaba el cabello, tosiendo un poco y escupiendo en servilletas de papel que le pasaba su mamá desde atrás.

Al llegar al hospital, registré a Xochitl y pedí que le hicieran un examen inmediatamente. No teníamos seguro médico, así que simplemente les pasé la tarjeta que tenía un crédito mayor. Por dentro me estaba pateando por no haber sacado un seguro médico para todos nosotros en los meses anteriores. Fue lo primero que debí haber hecho en cuanto mi esposa llegó a vivir a mi casa conmigo. Me sentía el peor compañero.

Pasamos una buena parte de la noche mientras le realizaban varios exámenes y le daban algunas medicinas para calmar el dolor.

Finalmente nos mandaron de regreso a nuestra casa con instrucciones de volver en los próximos días. Teníamos citas médicas para dar y regalar.

Nos fuimos directamente a dormir.

Con las luces apagadas, ella se pegó a mi cuerpo.

—Dime que me amas, lobo, ¿sí? —me dijo.

—Hada, yo te voy a amar por toda la vida, aún si se te caen las piernas y

hay que ponerte rueditas para empujarte por la calle. —ambos reímos sin muchas ganas, mientras yo le acariciaba el cabello. Y después hicimos el amor, de manera lenta y un poco triste, mientras ambos nos preguntábamos en silencio qué pasaría en las próximas semanas.

## Epílogo

Después de muchas pruebas, el diagnóstico fue lo que Xochitl había presentado en secreto desde el primer día: que tenía cáncer en el estómago. Iniciamos diferentes tratamientos inmediatamente, incluyendo la radio y la quimio terapia.

Cuando Xochitl comenzó a perder mechones de cabello, decidió afeitarse totalmente la cabeza y cuando estuvo muy débil para caminar, efectivamente tuvimos que ponerle una silla de ruedas, como habíamos bromeado la primera noche que regresamos del hospital.

Xochitl murió tres meses después.

Había dejado avanzar la enfermedad en silencio durante demasiado tiempo y yo había sido un estúpido al no darme cuenta.

El otoño me encontró solo, mirando el atardecer por la ventana, jugando distraídamente con el escapulario que mi esposa me había regalado alguna vez y que todavía traía colgado al cuello. Ella había dicho que esa virgen me protegería. ¿Por qué no la protegió a ella? ¿Por qué no lo traía puesta? Tenía una deuda enorme en las tarjetas de crédito y no sabía cómo la iba a pagar, pero me importaba un carajo. Me sentía solo. Irremediable, universalmente solo.

Tocaron a la puerta y doña María fue a abrir.

Entraron Joaquín y uno de los amigos de Xochitl, de la calle. ¿Cómo se llamaba?

—Hola, señor Manuel, soy el toro. ¿Se acuerda de mí? —Ah, el toro. ¿Y por qué me hablaba de usted y me decía señor? La única vez que nos habíamos visto había estado a punto de golpearme. No le guardaba ningún rencor, pero tampoco estaba como para recibir visitas. ¿Por qué lo habría traído Joaquín? Simplemente le sonreí sin decirle nada. El toro se sentó junto a mí y sacó varios cuadernos de una bolsa de plástico de supermercado que traía. ¿No eran esos los cuadernos en los que mi esposa escribía sus historias, antes de tener una computadora? —¿Reconoce estos cuadernos? Me los dejó Xochitl. Para usted —me dijo, inclinándose y tocando mi mano. Después puso uno de esos cuadernos en mi mano y yo lo abrí. Efectivamente, tenían la letra limpia y regular de mi mujer y cuando leí algunos renglones reconocí su narrativa. Casi podía escuchar su voz leyéndome la historia. No pude seguir leyendo con los

ojos húmedos y cerré el cuaderno cuando me di cuenta de que una lagrima había caído sobre el papel, manchando la tinta. —Xochitl dijo... me dijo que si un día ella faltaba, que quería que yo le trajera estos cuadernos a usted. Que usted había sido muy bueno con ella y con doña María y pos... aquí están. Xochitl dijo que usted tenía que terminarlos.

No supe cuándo salieron el toro y Joaquín. No me di cuenta. Se hizo de noche mientras yo seguía mirando esos cuadernos sobre la mesa. Doña María pasó y cerró las cortinas de la ventana, encendió las luces y me trajo una taza de café.

¿Por qué había dijo el toro que había que terminarlos?

Abrí el que estaba en la parte superior y leí la primera página.

*Mi amado lobito,*

*¡Perdóname! Parece que después de todos los retos que logramos superar juntos, en este último te quedé mal.*

*Y es que esta enfermedad me ha dejado agotada, lobo, y casi sin ganas de vivir. Y digo casi, porque cuando veo en tus ojos tu gran compasión y esa tímida sonrisa, me muero de ganas de pasar décadas contigo, pero cuando me doy cuenta de lo cansado que está ya mi cuerpo, y de que apenas podrá mantenerse funcionando unas semanas o, a lo más, unos meses más, me invade una tristeza infinita.*

*Te pido, no solo que no me olvides, sino que cuando pienses en mí en todas las décadas que tienes por delante (que sé que son muchas) me recuerdes en esa fría mañana de sábado, con un ramo de rosas, esperándote en el aeropuerto de la ciudad de México, cuando estábamos a punto de iniciar una vida juntos, quizás con muy poco dinero, pero ciertamente más del que yo jamás tuve, y con un millón de sueños e ilusiones juntos.*

*He estado escribiendo furiosamente durante ya algunos meses para dejarte todos estos cuadernos que he dejado con el toro, y que sé que él te llevará cuando llegue el momento adecuado. Confía en él. Como tú, él también ha tenido mi vida en sus manos y ha sabido protegerla.*

*Estos cuadernos tienen poemas que he escrito para ti; cuentos para niños; fantasías eróticas muy privadas solo para tus ojos; ideas para tus libros; para los míos; algunos renglones sin ton ni son y al final, en el último cuaderno, una sorpresa para ti, para que la termines para mí.*

*Nos jugó muy chueco el destino y nos robó la vida que pudimos haber tenido juntos, pero lo poco que vivimos juntos me ha compensado con creces*

*todo lo que no tuve, y ha hecho que haya valido la pena vivir.*

*No sé si crees en el otro lado (nunca tuvimos tiempo de hablar ni de cielos ni de dioses). Sé que yo no. Pero si acaso existe un “otro lado” después de la muerte, ten la certeza de que, me cueste lo que me cueste, te estoy esperando con los brazos abiertos, vestida en mi huipil blanco, para que esta vez, seas tú el que me lo quite.*

*Te amo, lobo.*

*Xochitl.*

Revisé los cuadernos. Los primeros estaban totalmente llenos de una letra firme, clara y bonita, con multitud de cosas e ideas, como ella lo había descrito. El último contaba la historia de un grupo de exploradores en un planeta desconocido que se veían sitiados en su ancestral ciudadela por una raza de nativos desconocida. Ojeando apenas las páginas y leyendo un párrafo aquí y otro allá, era claro que la historia iba creciendo en tensión hacia el final de la libreta, pero repentinamente se quedaba en blanco. ¡No tenía nada! Faltaba el final de la historia. En la primera de las hojas en blanco, había solamente un pequeño mensaje de Xochitl que decía “*Es tu turno, mi lobo. Aquí tienes que completar tú...*”

Mientras doña Maria preparaba la cena, yo saqué mi computadora, la encendí y me preparé para escribir toda la noche. Si quería conocer el final de esta historia, era claro que mi esposa y yo tendríamos que terminarla escribiendo juntos.